

LEON



DIVERSIONES Y JUEGOS
TÍPICOS CHILENOS

BIBLIOTECA NACIONAL



0313704



Somos los
CHILENOS

Diversiones y Juegos Típicos Chilenos

René León Echaíz





**nosotros los
CHILENOS**

LEON ECHAIZ

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



GHIENOS
nosotros los

PORTADA: LA ZAMACUECA. CON DIAGRAMACION DE ISMAEL MASCAYANO.

Diversiones y juegos populares chilenos

RENE LEON ECHAIZ



BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

© 42.881.

EDITORIA NACIONAL GABRIELA MISTRAL LTDA.

Avda. Santa María 076, Casilla 69-D, Cables Mistral, Santiago de Chile.

Primera Edición 1974 en esta Editorial.

1.º al 10.º millar.

La diversión popular

El pueblo chileno se ha divertido desde que se conformara como conglomerado nacional y aun antes de ello, cuando sólo era un germen con sus dos raíces, hispana y aborígen. La diversión ha sido consubstancial con su naturaleza y se ha entregado a ella, sin abandonar sus esfuerzos o sus trabajos, ni liberarse de sus sacrificios, en todos los instantes de su vida.

Se dio a la diversión en los años de la Conquista, como indio o como conquistador, en medio de los azares de la lucha o del empuje colonizador, acaso co-

INTRODUCCION

mo un desahogo para la tremenda tensión que las circunstancias le imponían. Buscó la diversión durante los lentos y monótonos días de la Colonia, para aminorar la monotonía y apresurar la lentitud de los días. La buscó en los tormentosos días de la Independencia, unas veces para dar rienda suelta a su entusiasmo patriótico, y otras para amortiguar la desesperanza. Y la buscó, en fin, en su vida republicana hasta nuestros propios días.

El chileno se ha divertido para bien o para mal. En ocasiones, a impulsos de una sana alegría, para exteriorizar su energía o su ingenio; y otras veces para dar salida a instintos o pasiones ance-

trales. Pero nunca la diversión ha detenido o truncado su recia estirpe, ni su ánimo, ni su trabajo, ni su empuje.

Al pueblo chileno la diversión le viene de diversas fuentes. Del indio que, no obstante su inercia y apatía habituales, solía estallar en expansiones bulliciosas y violentas, obtuvo el primer estrato. Del andaluz extrajeron las clases populares la diversión alegre, ingeniosa y liviana. Del mismo espíritu severo de castellanos y vascos, las clases altas recibieron la necesidad de alivianar el espíritu con expansiones recatadas o austeras. Y la clase media obtuvo de unos y de otros la diversión alegre o tranquila, bulliciosa o reservada, violenta o pacífica.

Y así nació la diversión chilena típica, que en este trabajo iremos reseñando paso

a paso desde su origen. Veremos cómo nació, cómo se desarrolló, cómo en ocasiones se transformó por influencias foráneas y cómo otras veces fue reemplazada o se extinguió. Veremos asimismo que no siempre ha sido estrictamente típica, sino que también ha venido del extranjero, pero adaptándose a nuestro ambiente, adquiriendo rasgos propios y confundándose con la costumbre chilena.

Con esta reseña haremos justicia a hechos sencillos, aparentemente sin trascendencia, pero que han acompañado al pueblo chileno en sus momentos de euforia o de amargura, y que han contribuido a mantener su fortaleza y su ánimo en la grande y dura epopeya de su historia.

I

Los años de la Conquista

1. EL APORTE INDÍGENA. Al llegar a Chile el español, el indio tenía toda una gama de diversiones, que habrían de gravitar poderosamente en las futuras costumbres chilenas. No obstante su apatía racial, estallaba a veces en expansiones de alegría para dar salida a ímpetus primitivos o para satisfacer sus instintos guerreros.

Acostumbraba reunirse, en medio de comilonas y borracheras, para realizar cánticos y danzas al son de tambores y flautas. Enlazados unos con otros, moviendo pies y cabezas, saltaban, brincaban y corrían sin sosiego. Usaban para ello vestimentas especiales, tales como

tripas de animal rellenas con lana a manera de colas, pieles y cabezas de animales, plumas, máscaras...; y teñían su cuerpo y su rostro con pinturas vegetales, barro y carbón. Más tarde, al tomar contacto con los españoles, usaron para estos disfraces viejos uniformes de soldados o hábitos y ornamentos de religiosos, que les daban extravagante aspecto. Tales fiestas eran llamadas *hueyelpurún*.

Tenían también juegos de destreza, como la *chueca* y la *pelota*.

La *chueca* se jugaba con mazas corvas de madera y con bolas de madera o de piedra. Los jugadores se colocaban en una



Confluencia del río Vergara con el Bío-Bío. (Tornero: *Chile Ilustrado*.)

cancha que solía tener hasta dos cuadras de largo. Dos bandos de indígenas, compuesto cada uno hasta de veinte hombres, luchaban en la cancha, golpeando la bola con las mazas para llevarla al campo enemigo. Los indios manifestaban gran entusiasmo por este juego, haciéndolo durar, a veces, por varios días, con gran concurrencia de hombres, mujeres y niños. Más tarde, bajo la influencia de los españoles, acostumbraron realizar apuestas en él.

El juego de pelota se realizaba de dos maneras: el *pilmatun* y el *trumun*. El primero consistía en arrojar la pelota con la palma de la mano, entre dos bandos de ocho o diez jugadores. El objetivo era el de golpear al enemigo, y para evitar el golpe los indios realizaban toda clase de ágiles contorsiones y saltos. El *trumun*, muy semejante al fútbol, se jugaba entre equipos de cuatro indios por lado, que arrastraban la pelota con los pies. Para ambos juegos se usaban pelotas de madera esponjosa, de paja aprensada, de luche o de vejigas infladas.

Es fácil observar que todos estos jue-



La *chueca*, tal como se jugaba durante la Colonia. (Según el P. Alonso de Ovalle, 1646.)

gos, en los cuales los indios luchaban, golpeaban y se defendían con violencia, desarrollaban en ellos poderosamente la habilidad guerrera. Tal circunstancia ha-



El *cultrín*, o tambor mapuche, subsiste hasta hoy.

Pasan los siglos y los araucanos siguen jugando *chueca*.

bria de alarmar después a los españoles, que trataron, aunque en vano, de prohibirlos o restringirlos.

Los *cahuines* fueron también diversiones favoritas de los indígenas. Eran reuniones bulliciosas, con borracheras y comilonas, que generalmente se realizaban con ocasión de algún trabajo colectivo. El trabajo en sí mismo parecía no atraer al indígena y, por lo general, matizaba el esfuerzo que le significaba con alegres diversiones. Conocieron el *rucancahuín*, que era la festividad de la construcción de una ruca; el *quiñelovcahuín*, que lo era de la siembra; el *malarcahuín*, de la hechura de cercas; el *nuincahuín*, de la trilla; y, posteriormente, cuando usaron animales españoles, el *ünel tuncahuín*, que era la festividad de la marcadura de animales.

El *guillatún* puede también considerarse como diversión típica del aborigen chileno y, específicamente, del araucano. Como el *cahuín*, no es él una bacanal



sin sentido, sino una diversión mixta. Consiste en una rogativa que se realizaba —y se sigue aún realizando entre los araucanos de nuestro tiempo— para solicitar a la divinidad ayuda, buenas cosechas, lluvias, etc. Pero estas rogativas van acompañadas con bailes, comida y gran abundancia de chicha, que provoca bulliciosas borracheras.

Los instrumentos que el aborigen utilizaba para sus festividades eran principalmente los siguientes: el *cultrún*, tambor de madera, forrado con cuero de animal; la *pifulca*, flauta corta que emite un sonido grueso y que los hombres cuelgan de su cuello, y la *trutruca*, caña o coligüe de tres o más metros de largo, ahuecado, y en cuyo extremo, en tiempos de los españoles, se colocó un cuerno de vacuno.

La música que estos instrumentos emitían era lenta, monótona, monorrítmica, y a veces tenía sonidos angustiosos. A su compás, los indios realizaban primitivas danzas.

Tales fueron, en su esencia, las diversiones que el español encontró entre los

aborígenes al llegar a Chile. Ellas constituyeron, como ya dijimos, el primer estrato de la diversión popular chilena.

Es extraordinario cómo la diversión del indio gravitó en las costumbres futuras de Chile. Transformada con la fusión de razas, adaptada a los nuevos ambientes y a la idiosincrasia del chileno, habría de ser una de las bases de las entretenimientos criollos que más tarde imperarían. El *cahuín* indígena dará origen a la fiesta-faena del campo chileno, y así veremos al campesino realizar sus trillas, sus rodeos, sus vendimias, en medio de animado jolgorio, con cantos, bailes y bebidas. La *chueca* imperará, pura o modificada, durante largo tiempo, al igual que el *guillatún*.

Y las danzas telúricas, con disfraces y máscaras, serán la base de las danzas rituales que, en numerosas festividades y en un amplio ámbito geográfico, subsisten en Chile hasta los días contemporáneos.

2. DIVERSIONES DE LOS CONQUISTADORES.
Al llegar el conquistador español a las tierras chilenas, sintió también la nece-



Salto grande del río Laja. (Tornero: *Chile Ilustrado*.)

alidad de distraerse en medio de los azares de su vida. Su jornada fue aquí dura desde un comienzo, jalonada de luchas, de emboscadas, de muerte. En sus momentos de reposo, ya fuera en el vivac, en el fuerte o en la ciudad recién fundada, buscó distracciones; y en ellas trató de encontrar el olvido para los peligros que lo acecharían en los días siguientes.

Las distracciones del conquistador tuvieron en esos años un carácter especial: fueron netamente masculinas. El conquistador era un soldado que vivía errante por selvas desconocidas, acuartelado en un fuerte o residiendo transitoriamente en un germen de población recién formándose. No traía mujer, y la india con la que a veces se unía no podía ser para él compañera de distracciones ni de vida social, sino tan sólo hembra.

Sus distracciones tenían, además, que ser españolas. El las había traído desde su tierra y las utilizaba aquí como podía; pero no pudo, sin embargo, desentenderse de las diversiones indígenas que encontró a su paso, y en muchos casos,



Plancha de naipes de 1815, impresos en Buenos Aires.

ADSTOLICA
 VANDIAV
 VANDIAV

como habremos de verlo, se adaptó a ellas y las utilizó también.

El juego de *naipes* fue tal vez el que primero usaron en Chile los conquistadores; y en ciertos momentos y lugares ha debido ser su única diversión.

Aunque hay divergencia para establecer el origen de este juego, es indudable que en España los naipes se conocieron desde el siglo XV. Los conquistadores pudieron, así, traer en sus bagajes, entre armas y pertrechos, viejas barajas del tipo llamado "español", a cuyo juego eran especialmente aficionados.

El naipe español tenía en su diseño características especiales, extraídas de las ideas y costumbres de la época. Había en él bastos, oro, copas y espadas; y en cada una de estas figuras, pintorescos reyes, caballeros y sotas o escuderos.

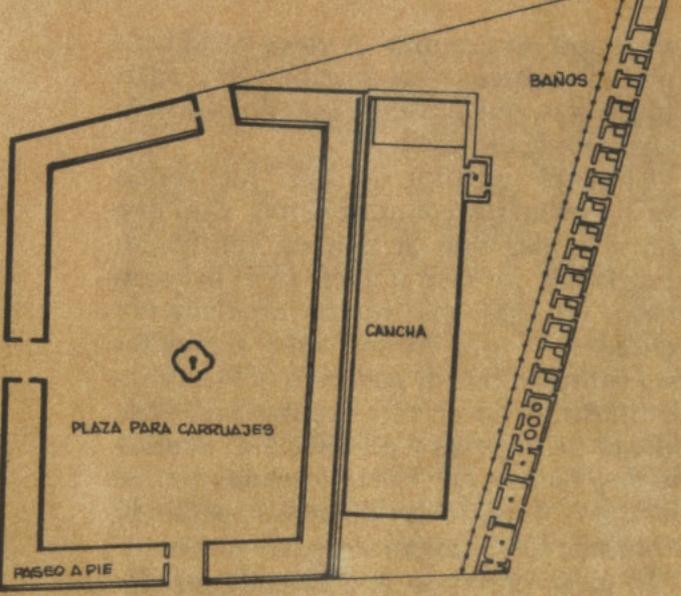
Con estas barajas, manoseadas y sucias, los conquistadores, en sus ratos de ocio, en miserables cuartuchos o a la sombra de murallones de las nuevas poblaciones, se entregaban a sus juegos favoritos. Y lo hacían también en los campamentos, junto a las fogatas, entre

una y otra escaramuza. A veces estallaban entre ellos discusiones apasionadas o riñas sangrientas, que pusieron más de una nota trágica en la diversión.

El naipe español no sólo fue traído por los primeros conquistadores, sino que continuó llegando al país en cantidades apreciables. Se sabe que en 1556 llegaron cuatro docenas, que fueron rápidamente vendidas; y que en los años siguientes esta cantidad fue en aumento. El Cabildo de Santiago vio en estas ventas una posibilidad de ingresos y estableció el estanco de los naipes en 1594, medida que se mantuvo durante la Colonia, quedando prohibida su venta por los particulares.

El juego preferido por los conquistadores, sobre todo en los tiempos de don Pedro de Valdivia, fue el llamado *dobladi-lla*, que atraía muchísimo por lo arriesgado y porque doblaba la ganancia si se repetía una carta. Los jugadores conocían las cartas más débiles porque aparecían en la primera jugada; y luego se jugaba a la carta que había salido dos veces.

Con el transcurso de los años, terminada ya la Conquista, aparecieron otros



Plano de la cancha de pelota y baños públicos de Santiago, 1803. (Archivo Nacional.)

juegos, como habremos de verlo; y, lo que es más curioso, el juego fue aprendido por los indígenas, que se aficionaron a él apasionadamente y en forma pintoresca.

La *chueca*, que los conquistadores vieron jugar a los indígenas, fue adoptada también por ellos. Les atrajo especial-

mente porque la lucha-violenta que tal juego significaba, era como un reflejo de la permanente guerra en que vivían. Además, les recordaba juegos populares muy semejantes que se conocían en sus pueblos de España, tales como la burria o el mallo. Así, en las poblaciones y en los campos practicaron con entusiasmo el juego indígena; y tal costumbre trascendió a la Colonia y se generalizó ampliamente entre las clases modestas y entre los mestizos, pero no prendió en las personas de mayor calidad.

El juego de *pelota* fue introducido en esos años a Chile por el gobernador don García Hurtado de Mendoza, que era gran aficionado a él. Se cuenta que hizo traer de España más de tres mil pelotas para que fueran vendidas aquí; y que se deshizo por una orden suya un cercado para guardar municiones, a fin de utilizarlo como cancha de juego. La pelota de los españoles de esa época era un juego muy semejante al tenis actual. Se colocaba en la cancha una cuerda extendida, frente a la cual los jugadores tomaban colocación. La pelota misma que se

utilizaba era de paño liviano y se lanzaba de un lado hacia otro de la cuerda, golpeándola con la mano o con el puño.

Las fiestas y diversiones de caballería nacieron también en Chile en esta época de la Conquista. La principal, tal vez, fue el *Paseo del estandarte*, que era a la vez una ceremonia pública. Se realizó por primera vez en 1552, fecha en que se procedió a designar al funcionario encargado de la custodia del estandarte real, que lo fue don Juan Jufré. La entrega solemne de esta insignia se hizo al alférez en la víspera de la fiesta de Santiago. Don Juan Jufré, a caballo, recibió el estandarte de manos de los alcaldes y se dirigió con él, acompañado de las autoridades, hacia la iglesia mayor, y luego recorrió las calles de la ciudad con él, en medio del regocijo popular.

En tiempos de García Hurtado de Mendoza la ceremonia alcanzó mayor solemnidad. Se festejó en esos años el advenimiento al trono de España de Felipe II, y el estandarte real fue paseado en las calles de Santiago y otras poblaciones con acompañamiento de música "de me-

tal" y de tambores, dando ocasión a diversiones y regocijo populares.

Con los años, esta festividad adquirió cada vez mayor volumen y trascendió a la Colonia, convirtiéndose en una diversión popular bulliciosa y alegre.

Los juegos de *cañas* y *sortijas* fueron también diversiones de caballería introducidas por García Hurtado de Mendoza. En el juego de cañas, de origen árabe, se formaban dos cuadrillas o equipos de caballeros frente a frente. Los jugadores se lanzaban unos a otros lanzas de madera de tres a cuatro metros de longitud, que debían ser detenidas con escudos de cuero que se llevaban en el brazo izquierdo. En el juego de sortijas, se colocaba en la cancha un poste de madera, del cual colgaba una argolla metálica a tres metros del suelo. Los jugadores, al galope de sus caballos, debían ensartar la argolla o sortija. Estos juegos, aunque no arraigaron en los hábitos populares, fueron conservados en los cuarteles, a la vez como diversión y como práctica castrense; y en parte han perdurado hasta los tiempos modernos en los destacamentos de caballería.

La música empleada en estos años fue de tres especies: militar, religiosa y popular. La música militar fue traída a Chile por don García Hurtado de Mendoza, pues antes de él sólo tuvo caracteres elementales. Los instrumentos conocidos fueron los tambores, trompetas, pífanos y chirimías, siendo estos dos últimos los que propiamente dieron a conocer marchas y otras melodías que causaron gran regocijo popular. La chirimía era un instrumento de madera muy semejante al clarinete actual; y el pífano, un flautín de tono agudo.

La música religiosa se desarrolló, naturalmente, en las modestas iglesias de la época. Ya en 1580 existía en Santiago un pequeño órgano y se conocía el llamado "canto llano" y los cantos litúrgicos, a los cuales fueron muy aficionados los mestizos.

La música popular se desarrolló sobre la base de la guitarra de tipo español, con características especiales en su encordadura y en las proporciones de su caja. En los descansos del campamento y en las pequeñas ciudades en formación, algunos

soldados aficionados entonaban canciones españolas y romances, llamando poderosamente la atención de los indígenas, que no conocían los instrumentos de cuerda.

El *romance*, pequeño verso sencillo que relata hechos heroicos o novelescos, fue la forma preferida para estas canciones. En aquellos años el romance estaba en boga en España y corría de un extremo a otro de su país en boca de los juglares. Los conquistadores trajeron en su memoria muchos de ellos y los recitaban o cantaban al compás de la guitarra. Los relatos que ellos contenían eran de la más diversa especie y causaban gran entretención entre los auditores. Con el tiempo empezaron a nacer romances de temas chilenos, que se transmitieron de generación en generación, transponiendo la Colonia y llegando hasta nuestros días. Los poetas populares o "puetas" de años posteriores, a los cuales nos referimos en su oportunidad, son una derivación de esta afición musical de los primeros años de la Conquista. La guitarra misma habría de adentrarse profundamente en las diversiones chilenas del futuro.

II

La diversión chilena se gesta en la Colonia

I. NATURALEZA DE LA DIVERSIÓN COLONIAL. Terminada la Conquista, a fines del siglo XVI, Chile se encauzó en los lentos y tranquilos años de la Colonia. Paulatinamente empezó a producirse la amplia fusión que habría de dar origen a todo lo típicamente chileno: fusión de sangre, de costumbres, de lengua, de espíritu y hasta de ideas religiosas.

La verdadera diversión chilena se gesta en esta era colonial. Y se gesta principalmente por fusión de los entretenimientos que el español trajo desde su tierra y los que el indio aquí le ofreció. Fue un proceso complejo e interesante. Primero se tomaron unos a otros lo que más les

atraía: el español jugó a la chueca con entusiasmo y agrado, y el indio se apasionó con los juegos de dados y de cartas. Luego empezó a producirse la mezcla, adoptando cada diversión características típicas que la diferenciaban de su modelo inicial. Los mestizos hicieron en esto el principal papel, ya sea danzando en forma pagana, como los indios enmascarados, ante imágenes cristianas; o realizando proezas ecuestres con algarabía de indios y de moros, o faenas agrícolas con la misma alegría de los cahuines. . .

Veremos cuáles fueron estas diversiones coloniales y de qué manera se formaron; y veremos también cómo fueron, a

veces, meras entretenencias, y cómo en otras tuvieron carácter mixto, mezclándose en ellas la diversión con el trabajo, con la ceremonia religiosa o con el acto cívico. Todas ellas, aunque con distinto origen o con distintas mezclas e influencias, fueron típicamente chilenas. Tuvieron caracteres especiales, inconfundibles, que las asimilaron por completo a la tierra chilena, aunque su origen estuviese perdido en la lejanía del tiempo o del espacio.

El pueblo chileno se aficionó apasionadamente a tales entretenencias y se penetró con ellas en tal forma, que llegó en muchas ocasiones a sobrepasar el límite de la pulcritud y del recato que la época exigía.

Las autoridades coloniales pretendieron muchas veces prohibirlas o restringirlas debido a que producían desórdenes, borracheras o atentados a la moral. Ya era la chueca, porque los indios y los mestizos la jugaban casi desnudos; o el juego de naipes, porque daba origen a sangrientas

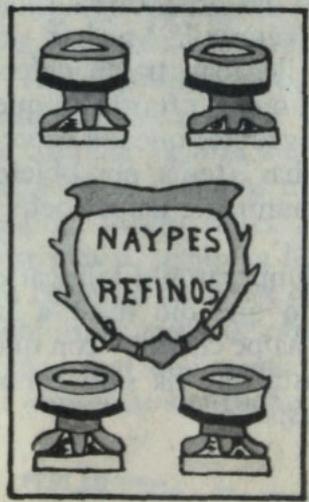


PROV. CAUTÍN, Indios bailarines

riñas o a fabulosas pérdidas; o la riña de gallos, o las carreras de caballos, o los carnavales. . . Pero todas estas restricciones fueron en vano. La diversión típica estaba ya tan arraigada en el espíritu chileno, que todas las medidas restrictivas quedaban luego sin efecto, se aminoraban o, simplemente, se burlaban.

2. LOS JUEGOS DE AZAR. La costumbre de realizar apuestas la trajo a Chile el español; pero el indio la acogió con agrado, como también el mestizo, y se hizo costumbre realizar apuestas en toda clase de juegos, incluso en la chueca. Pero los juegos específicamente de azar, en los que sólo la suerte intervenía, fueron en la Colonia los naipes, los dados y las tabas.

Naipes.— La afición a los juegos de naipes se generalizó en la Colonia. Los soldados en sus cuarteles, la gente acomodada en sus casas o en garitos, y el pueblo en las esquinas, en las plazas y en los caminos, jugaban a las cartas apa-



Naipes "refinos" y "para las Indias", 1801.

sionadamente. Aparecieron tahúres profesionales que recorrían los pueblos y los campos, usando trampas o cartas marcadas; y hasta los criados se detenían a jugar cuando eran enviados a las compras.

La venta de naipes españoles se hizo tan abundante que en la Península empezaron a fabricarse barajas especiales para las colonias de América. Así, a Chile empezaron a llegar juegos de naipes singulares, en una de cuyas cartas (el 6 de copas) se leía en gruesos caracteres: "Para las Indias". En el caballo de copas se leía: "Ahí va", y en otras cartas solía grabarse: "Naipes refinados". Muchas veces los naipes que llegaban traían defectos en su impresión o en su forma, lo que hizo pensar a los jugadores que esa expresión "Para las Indias" tenía por objeto enviar a Chile precisamente naipes defectuosos.

Posteriormente empezaron a fabricarse naipes en Chile, lo que dio lugar a la denominación de "naipe chileno" con que desde entonces hasta hoy ha sido conocido aquí el naipé español.

Primero se fabricaron a mano por artesanos especializados, que utilizaban una especie de vitela, añil, alumbre y azafrán, realizando una lenta labor de "bruñir, cortar, emparejar y tintorear". Pero luego se emplearon planchetas de madera o de metal, a manera de imprenta, con lo que la fabricación fue mucho más rápida y abundante.

El antiguo juego de la dobladilla, al que los conquistadores e incluso el mismo don Pedro de Valdivia fueran tan aficionados, empezó a caer en desuso; y en cambio se introdujeron numerosos juegos nuevos, cuyos caracteres exactos es difícil ya reconstruir. Poco después de 1600 se popularizaron los juegos de la *primera* y el *treinta por fuerza*. En el juego de la primera, cada jugador tenía cuatro cartas, siendo el 7 la de mayor valor (21 puntos), superando al As, que sólo valía 16 puntos. Ganaba el que reunía cuatro cartas del mismo palo. En el treinta por fuerza, los jugadores debían enterar 30 puntos, ni más ni menos. Más tarde aparecieron otros juegos, siendo el de mayor popularidad el llamado *brisca*.

en el cual, luego de marcarse el palo de triunfo, se repartía toda la baraja entre los jugadores. Una variante especial, nacida en Chile, fue llamada *brisca rematada*. Otros juegos de esta época, de menor aceptación, fueron el tenderete, el mediador, la béciga, el revesino, etc. La *malilla* surgió en esta época, pero adquirió su verdadera popularidad y difusión en los primeros años republicanos.

En la Colonia nació también el juego del *monte* entre las clases populares, juego que se difundiría ampliamente para llegar hasta nuestros días. Según testigos de la época, consistía en sacar por abajo de la baraja dos naipes para formar el "albur" y dos por arriba para formar el "gallo". Luego se invertía la baraja y el tallador iba sacando cartas una tras otra hasta que salía un número equivalente a las primeras sacadas.

El juego de naipes se difundió también entre los indios, quienes lo jugaron "con grave perjuicio de las haciendas, con escándalos de pérdidas considerables y con los otros gravísimos inconvenientes que acompañan inseparablemente a este

vicio", según dijeron los jesuitas. Usaron las mismas barajas de los españoles y sus juegos predilectos fueron el monte y el "juego del veintiocho", muy semejante este último al que los españoles llamaban "veintiuna".

Ya en tiempos de don García Hurtado de Mendoza el juego de naipes había adquirido tales caracteres entre los indios, que se establecieron severas sanciones para evitarlo. Se ordenó que todos los indios que fueran sorprendidos jugando a las cartas o a los dados, fuesen atados a una picota con los naipes o dados al cuello; a la segunda vez, debían ser "tresquilados", y a la tercera, castigados con cien azotes.

Dados y tabas.— Los españoles trajeron también dados desde España y durante la Colonia jugaron a ellos entusiastamente. Fueron imitados muy pronto por los indios, dando lugar a severas medidas restrictivas, según ya hemos visto. El juego consistía en echar tres veces los dados sobre una mesa o sobre el suelo, siendo ganador el que reunía más puntos. Con el transcurso del tiempo, este juego adop



Campesinos. (Cuadro de Rugendas en el *Atlas de Gay*, 1836.)

taría una forma inconfundiblemente chilena que se llamó *cacho*.

Las tabas eran un juego que se realizaba con huesos especiales que se lanzaban al aire. En Chile, la forma española de jugarlo adquirió características propias. Se usó aquí un determinado hueso de las patas de cordero que tiene cuatro caras, a las cuales se dio los nombres de "hoyo", "tripa", "carne" y "culo". El hueso se tiraba al aire y ganaba el que acertaba la cara elegida.

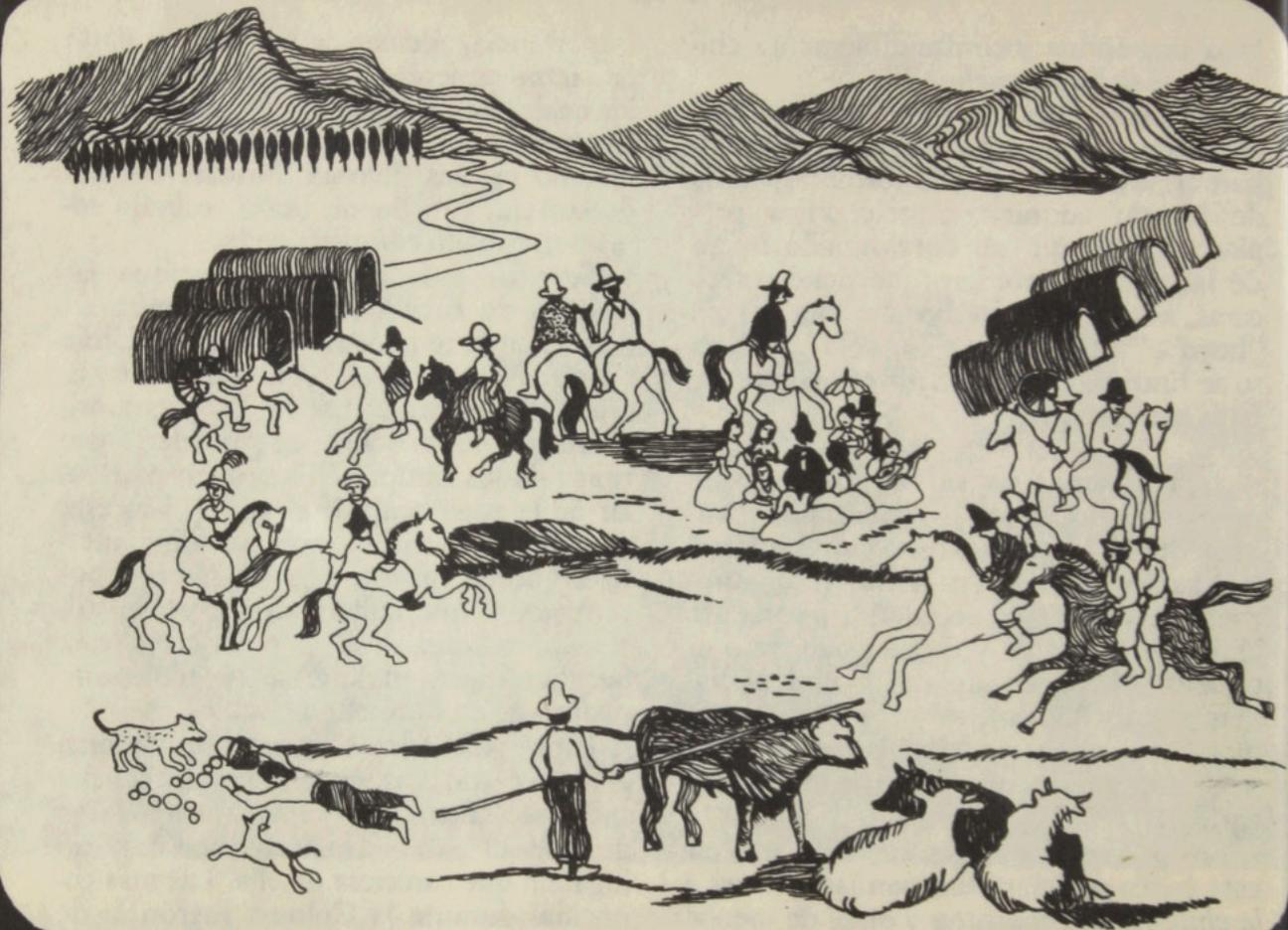
3. DIVERSIONES ECUESTRES. Las diversiones de caballería, que habían atraído grandemente a los primeros conquistadores, arraigaron también en la Colonia, alcanzando caracteres especiales, típicamente chilenos. Las jacas y rocines que trajo el español fueron dando lugar aquí al llamado "caballo chileno", con rasgos propios, que lo hacían singularmente apto para estas diversiones y para las faenas agrícolas.

Los principales juegos ecuestres que en esta época se desarrollan son las *carreras a la chilena*, las *cabalgatas* y otros de menor

importancia, además de los que son parte de faenas agrícolas, tales como el rodeo, a los cuales nos referiremos en otro acápite. En todos ellos veremos actuar al caballo chileno en sus diversas formas: caballo de carrera, caballo de brazo, caballo topeador, caballo corralero.

Carreras a la chilena.— Aunque las carreras de caballos han sido conocidas desde la más remota antigüedad, en Chile se formó durante la Colonia una variante especial, con características propias y originales. Fue la obra de un personaje típico de los campos chilenos, en particular de la zona central: el huaso. Era éste un campesino enriquecido, de origen mestizo, que ha subsistido hasta los tiempos actuales, y que cultivó una especial afición al caballo. Fue él quien creó esta peculiar diversión, que se extendió ampliamente en campos y poblados.

Para realizar las carreras a la chilena, era necesario disponer de una cancha apropiada. Estuvieron repartidas a lo largo de todo el país y era raro encontrar un lugarejo que careciera de ella. Las más conocidas durante la Colonia fueron la de



En un día de carreras a la chilena.

“Las Lomas”, en Santiago; la del “Rosario”, en el sector de Ñuñoa; la “Poza Larga”, en San Fernando; “Los Espinos”, en Guacarhue; “Los Maitenes”, en Curicó, y las de San Francisco del Monte, Puangue, Melipilla y Codigua.

Las carreras se efectuaban en un día determinado, con gran afluencia de gente, que concurría a presenciarlas y a concertar apuestas. Existía todo un ceremonial y minuciosa reglamentación, transmitidos de generación en generación, que se cumplían rigurosamente.

Varios personajes revestidos de autoridad intervenían para dirigir la diversión: el “gritón”, que daba la voz de partida; un “veedor” para cada parte, que debía colocarse en el costado de la cancha contrario al de su caballo; el “juez”, que daba el fallo, y el “veedor de malicia”, encargado de controlar las maulas.

El “gritón” daba la voz de partida y los caballos, diestramente dirigidos, arrancaban; la partida podía hacerse “de grito”, “sobre galopando”, “de parejas” o “de pie firme”. El “juez de llegada”, o simplemente juez, esperaba al término de la cancha para dar su veredicto. Las carreras se sucedían unas a otras y a veces duraban varios días. Un gran conglomerado de gentes, llegadas de todas partes, permanece en los costados de la cancha haciendo apuestas, comiendo y bebiendo. A menudo se levantaban ramadas, y en ellas solían producirse borracheras, riñas y hasta crímenes.

Muchas veces trataron las autoridades coloniales de reglamentar y hasta de prohibir las carreras de caballos; pero, como en otros casos, ello fue en vano: las carreras a la chilena continuaron existiendo y llegaron hasta nuestros días, aunque con variantes que en su oportunidad mencionaremos.

Cabalgatas.— En ocasiones solemnes, como la llegada de un gobernador, el paseo del estandarte real, el paseo de la Bula de la Santa Cruzada, el paseo del

doctorado en la Universidad de San Felipe, etc., se realizaban durante la Colonia ceremoniosos desfiles de caballería, en el que participaban todos los grandes personajes, huasos de los contornos y gran concurso de gente. En ellas se lucían los llamados “caballos de brazo”, que levantaban con mucha gracia las patas delanteras. Las cabalgatas fueron siempre motivo de gran regocijo popular y han llegado, transformadas por el tiempo, hasta nuestros días.

Otras diversiones ecuestres.— Las entretenciones de caballería, fruto de la afición del chileno por el caballo, fueron durante la Colonia innumerables. Además de las mencionadas, podríamos señalar, a manera de ejemplo, el *tiro al gallo*, que consistía en la lucha de dos jinetes, tirando de una soga con la que se encontraban mancornados; *el juego del pacto*, que se realizaba especialmente en la fiesta de San Juan, y que consistía en una carrera desenfrenada de varios jinetes para arrebatarse a otro un cuero con argollas que llevaba en el brazo en alto; las *topeaduras* y los *rodeos*, que no tenían

aún el colorido y las características típicamente chilenas que les conoceremos en la época republicana.

4. DIVERSIONES CON ANIMALES. Dos fueron las diversiones coloniales que tuvieron como centro a un animal: las *corridas de toros* y las *riñas de gallos*.

Corridas de toros.— Se efectuaron desde los primeros años de la Colonia, cumpliendo en parte con el ceremonial español, pero con algunas características muy particulares.

En los primeros tiempos se hacían a caballo y sólo podían tomar parte en ellas personas de calidad social; pero desde el siglo XVIII, a ejemplo de Andalucía, se acostumbró realizarlas a pie y nacieron entonces los toreros profesionales. El lugar destinado a las corridas de toros fue primeramente la Plaza de Armas, en Santiago; más tarde se establecieron otros sitios especiales, llamados “plazas de toros”, en la misma ciudad de Santiago y



BIBLIOTECA NACIONAL
CONCEPCION CHILE
1971.284

en otras ciudades de importancia, como Concepción y La Serena.

Las autoridades trataron también de prohibirlas y de reglamentarlas; no obstante, lograron sobrevivir durante toda la era colonial y sólo desaparecieron de las costumbres chilenas a principios de la República.

Riñas de gallos.— Fueron al principio espectáculos privados; pero desde el siglo XVIII, se transformaron en espectáculos públicos y en apreciable fuente de ingresos para el Cabildo de diversas ciudades. La primera cancha de Santiago estuvo ubicada en la Cañada, cerca del convento franciscano; luego se establecieron otras a orillas de los Tajamares (actual Plaza Andrés Bello) y en otros lugares.

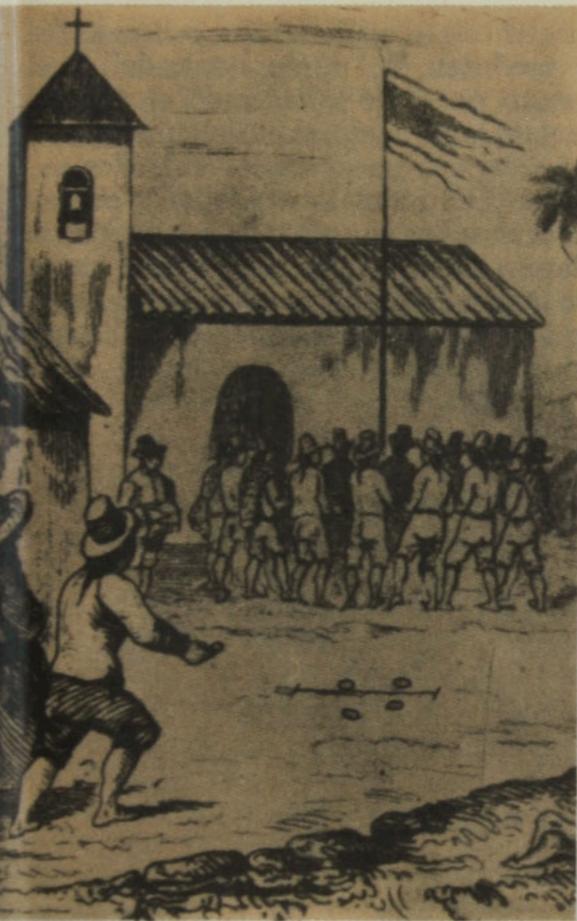
Los gallos que intervenían en las peleas eran de diversas características: gallo giro, de color amarillo con blanco y negro; gallo pinto, gallo castellano, gallo colorado, gallo renegrado y gallo cenizo. Los gallos, preparados por un gallero, se daban durante la lucha "puñaladas" y "mordidas". El encuentro terminaba por cansancio, tabla, remate o abandono.

Las peleas de gallos fueron prohibidas en 1808; pero poco después, a punto de expirar la Colonia, el gobernador García Carrasco las restableció.

5. JUEGOS DEPORTIVOS. Entre los deportes que se practicaron en la Colonia, tiene lugar destacado la *chueca* indígena. Siguió jugándose en los primeros años coloniales sin tropiezos, por indios y españoles, usándose con muy leves variantes el mismo modelo antiguo.

Autoridades civiles y frailes de la época se sintieron alarmados por los inconvenientes y peligros que el juego significaba. Según las autoridades, indicaba una preparación del indio para la guerra y motivo de desórdenes y riñas para los españoles que se entregaban a él. Los religiosos veían, en cambio, un atentado a la moralidad pública en el juego. Los hombres, según decían, entran a jugar casi desnudos y las mujeres "se mudan de traje".

Pronto el juego de la *chueca* fue prohibido por diversos gobernadores, especialmente por Martín de Mujica en 1647.



◀ La rayuela en tiempos coloniales. (Grabado en acero de M. de Sainson.)

Y también la Iglesia lo incluyó entre los juegos ilícitos. Pero, como en otras ocasiones, tales prohibiciones no surtieron efecto alguno: el pueblo, que tenía esta afición muy adentrada, siguió jugando primero subrepticamente y luego sin empacho alguno. Jugaron los indios, jugaron los españoles, y los mestizos, y los negros. . . Y hasta las mismas mujeres de clases populares participaron en el juego. Las autoridades mismas terminaron por desentenderse de la prohibición y se limitaron a reglamentar el juego, designándose jueces que debían concurrir a dirigir los encuentros.

Las canchas de chueca estuvieron repartidas por doquier, en todo el territorio chileno. Las hubo en los campos, en las ciudades y villas, en los pequeños caseríos. . . Y hasta la propia ciudad de Santiago tuvo canchas famosas, como la de la Ollería (en la actual Avenida Portugal).

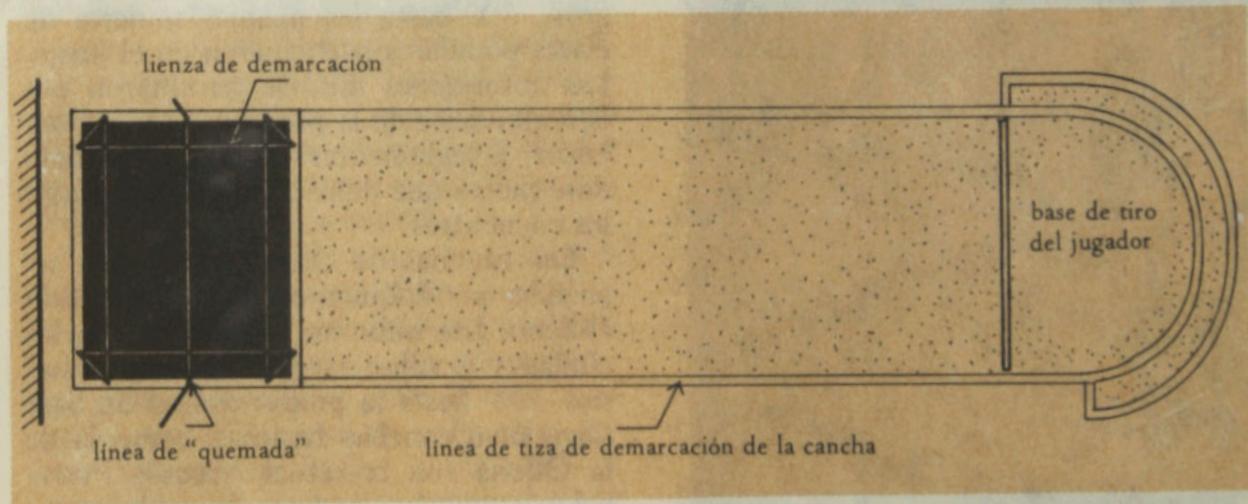
La chueca sobrepasó la Colonia y se

mantuvo en los años republicanos, con curiosas variantes que veremos oportunamente.

Otro juego deportivo, intensamente practicado en la Colonia, fue la *rayuela*. Consistía en lanzar tejos circulares y metálicos hacia una raya trazada con tiza en el suelo o hacia una lienza colocada a lo ancho del extremo de la cancha. Cada jugador tiene dos tejos y el éxito consiste

en que caigan sobre la raya o lienza. Así se producen el "punto bordeado" y el "punto quemado". Enterado el número de puntos prefijado, el juego termina.

La rayuela nació en los cuarteles militares. Obligados los soldados a permanecer en ellos sin ninguna ocupación, la idearon sobre la base de antiguos juegos españoles. Trazaron canchas en los patios de los cuarteles y se entregaban al juego



Esquema de una cancha de rayuela.

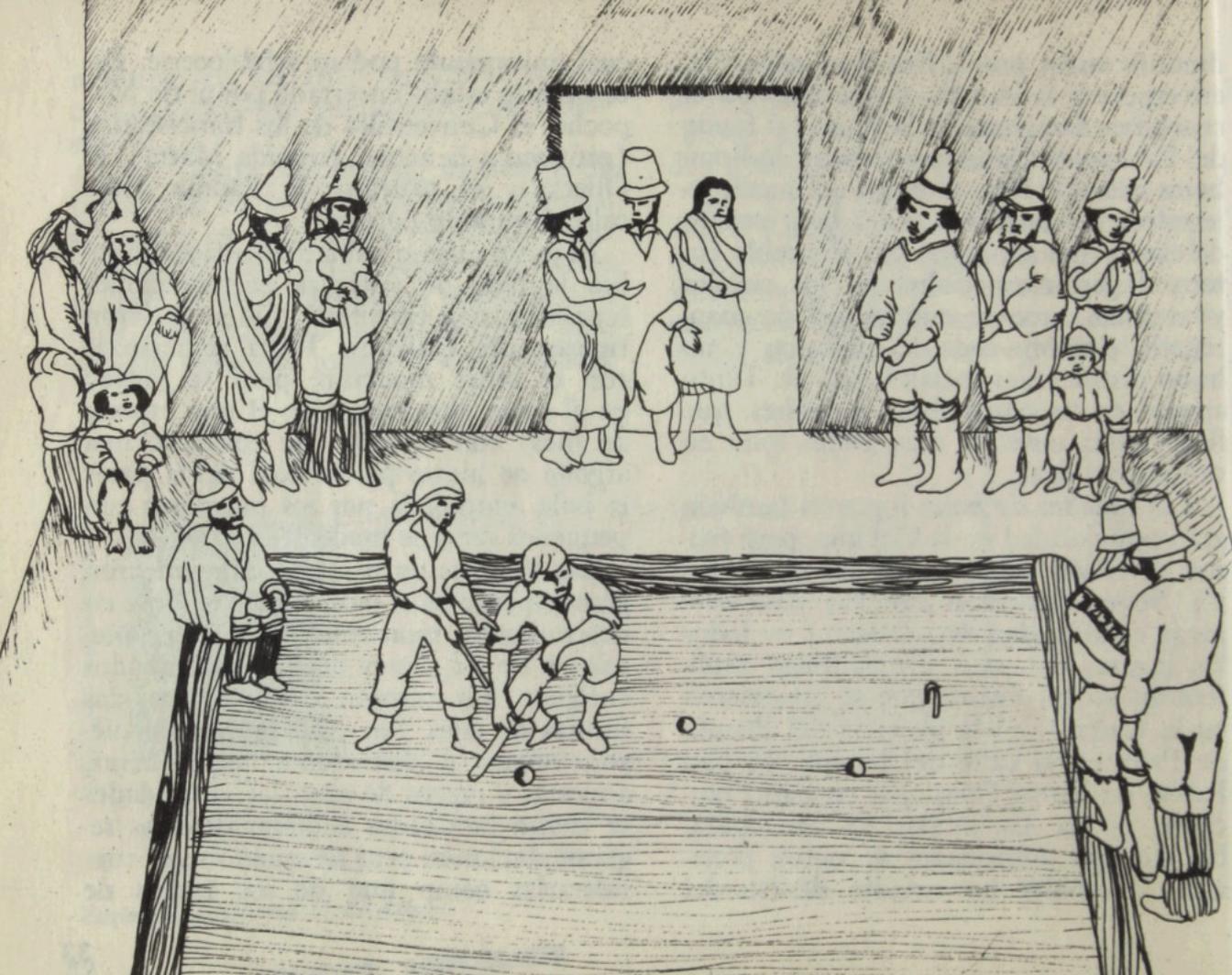
durante largas horas. Fue muy conocida, en especial, la cancha que existió en el cuartel de Dragones de la Reina, al fondo del Palacio de Gobierno (cuartel de Bomberos actual). Pero el juego no quedó relegado a los cuarteles: salió bien pronto de ellos y fue adoptado por el pueblo entero. Jugaron especialmente los criollos y mestizos, que se encargaron de mantenerlo durante toda la Colonia; y no hubo distinciones sociales para él. Tanto arraigó en las costumbres populares, que llegó hasta nuestros días, sobre todo en campos y aldeas.

Las *canchas de bolas* lograron también gran popularidad en la Colonia, pero fueron diversión exclusiva de las clases bajas. Se establecieron canchas para este juego en la ciudad de Santiago y en todos los lugares del país. En Santiago proliferaron en tal forma, que se conocieron en la Cañada, en la plazuela del Puente de Palo, en la calle del Peumo, en San Pablo, en Santo Domingo, en San Francisco, en la Cañadilla, en Huechuraba, etc. Las autoridades se vieron precisadas a señalar un circuito dentro del

cual únicamente podían establecerse. Este circuito estaba encerrado por el río Mapocho, el Conventillo de los franciscanos (próximo a la actual Avenida Matta), la Ollería y el callejón de Padura (hoy calle Almirante Latorre).

El juego mismo había sido adaptado sobre la base de antiguas entretenciones españolas, con caracteres que se hicieron típicamente chilenos. Tenía semejanzas con el billar moderno; pero se jugaba en el suelo, cercándose en él una especie de mesa con tablillas. Se colocaba una argolla de hierro por la cual debía pasar la bola, empujada por los jugadores con pequeñas varas de madera.

Las canchas de bolas se popularizaron grandemente en el país, convirtiéndose en determinados momentos en el juego predilecto de las clases bajas. Los grabados antiguos nos ofrecen las más variadas formas de ellas. Sin embargo, como dieron origen a desórdenes, borracheras, apuestas y juegos de azar, las autoridades se vieron precisadas a dictar diversas reglamentaciones; pero terminaron por considerarlas como uno de los ramos de



El juego de bolos apasionó por generaciones al pueblo chileno.

ingreso de los Cabildos, rematando a particulares su concesión.

El *juego de pelota*, que había introducido en Chile durante la Conquista don García Hurtado de Mendoza, continuó jugándose también durante la Colonia. Se establecieron canchas en diversos lugares del país; y en Santiago fue famosa la que funcionó en la actual calle San Isidro, que por tal motivo fue llamada durante muchos años “calle de la Pelota”. Más tarde, luego de la llegada de los vizcaínos a Chile, se popularizó una variante llamada *pelota vasca*, construyéndose para ella en 1808 una cancha en el lugar llamado “Basural” (actual Mercado), que se mantuvo hasta los primeros años republicanos.

Característica común de los juegos deportivos coloniales fueron las apuestas que en ellos se desarrollaban, tanto entre los jugadores mismos como entre los concurrentes, restándole así mucho de su ca-

rácter netamente deportivo. Especialmente en la chueca, y en menor grado en los juegos de pelota y canchas de bolas, los hombres arriesgaban en tales apuestas gruesas sumas de dinero, caballos, aperos y otras especies; y, al margen de ello, se aprovechaba la ocasión para juegos de naipes y de dados. Todo ello contribuyó a las continuas restricciones intentadas por las autoridades.

6. DIVERSIONES SOCIALES. En las clases acomodadas de la sociedad colonial se desarrolló una vida social intensa y característica, que habría de ser el origen de muchas costumbres chilenas tradicionales, extendidas después a clases más modestas.

Eran comunes las *visitas*, realizadas entonces exclusivamente por mujeres. Las señoras, acompañadas por sus hijas, partían en calesa —vehículo esencialmente femenino— a visitar a sus amistades. Bastaba que la calesa se detuviera en la casa visitada, para que alguien gritara de inmediato: “¡Paró calesal!” Desde ese momento se iniciaba un pintoresco aje-



treo dentro de la casa: las señoras y niñas se colocaban sus mejores rebozos, la servidumbre reunía golosinas para el agasajo, se abrían las puertas de la "cuadra". Las visitantes eran festejadas con mistelas, huevos chimbos, papillas de membrillo, camote o manzana; y se conversaba durante largo rato de los más nimios sucesos.

En el invierno y en los días del "santo" de los dueños de casa era costumbre realizar *tertulias*, con la concurrencia de las vecindades. La gente principal se colocaba en el "estrado", especie de tarima de cierta altura, y el resto de los invitados en sillas y taburetes repartidos en la "cuadra". Nunca faltaba un gran brasero en el centro, sobre el cual hervía una tetera. En estas tertulias se realizaban bailes y música, y constituían una diversión muy divulgada. Nació entonces la costumbre de los "tapados" o "mirones", personas de baja condición que concurrían con la cabeza cubierta a presenciar la fiesta, pe-

netrando a la casa con todo desenfado y colocándose en puertas y ventanas de las habitaciones.

Entre los bailes en boga, tal vez fue la *sirilla* la que primero arraigó. Era un derivado de la antigua seguidilla española. Se realizaba corrientemente entre cuatro personas, con tres vueltas, pañuelo, zapateo y redoble. Se bailaba también el *fandango*, originado como el anterior de un baile español, con música muy viva de guitarras y tres tiempos. Tuvo diversas variantes y en general solía designarse con su nombre a todas las danzas audaces o deshonestas. El *zapateo* era otro de los bailes más usuales y tenía un ritmo vivo y agitado, que revivió después en la cueca chilena.

Entre las clases modestas, la vida social se redujo a las reuniones en sitios públicos, a los velorios, a la música popular, al baile de la zamacueca y a los matrimonios rurales.

A fines de la Colonia empezó a gestarse el baile denominado entonces *zamacueca* entre las clases modestas, especialmente de origen mestizo. Coincidieron en ella

elementos de la más diversa naturaleza que el mestizo extrajo de las danzas en boga: los saltos y vueltas del fañango, el pañuelo y el zapateo de la sirilla, las cadencias sensuales de los negros esclavos. Y así, con mezcla de ritmos y movimientos, nació en Chile el baile que habría de ser el más típicamente nacional. Tuvo al comienzo un marcado carácter sensual

parece haber simbolizado al gallo haciendo la rueda a la gallina. Su nombre derivó de la expresión "zambo" con que se designa a una persona de piernas torcidas, muy semejante a la postura del hombre que baila cueca; y de la "clueca", por la actitud de la mujer bailarina cuyos movimientos parecen ser los de una gallina clueca. Se iniciaba con un paseo lento a través de la sala en que se bailaba. Luego seguían tres partes llamadas "pies", interrumpidos por un descanso en el cual se ofrecía a los bailarines un vaso de chicha. El baile tenía una animación creciente, con zapateo y agitar de pañuelos, al son generalmente de una guitarra, mientras los concurrentes palmoteaban con entusiasmo.

La cueca fue en un principio diversión exclusiva de las clases populares; pero poco a poco, con timidez, se fue introduciendo en las costumbres de las clases acomodadas. Finalmente, como habremos de verlo en su oportunidad, se radicó en el huaso, que la hizo suya y le dio caracteres especiales.

Dentro de la vida social de la Colonia, la *música* desempeñó un importante papel como entretenimiento.

Perdió su importancia la música militar, que tanta admiración había causado en tiempos de don García Hurtado de Mendoza.

La música religiosa tuvo su expansión en el llamado "canto llano" y en el órgano, instrumento que ya no se traía desde España, sino que se fabricaba en el país. Era generalmente de catorce palmos "con mestuas aflautadas y tapadas llenas". Empezó también en estos años a gestarse la introducción de factores populares en la música sacra, tales como danzas, cantos de indios y de negros, que



La chingana.

la Iglesia, dentro de ciertas limitaciones, se vio obligada a aceptar.

Pero la verdadera tónica de la música de esta época fue dada por la música popular, cuyas extraordinarias características habrían de tener una importante gravitación en las costumbres chilenas. Los principales instrumentos empleados para esta clase de música fueron la guitarra, el guitarrón, el arpa, el rabel, el violín, la flauta, la viola y el contrabajo. En los últimos años de la Colonia se introdujeron también pequeños pianos, usados primero en las casas de alto rango, pero que más tarde se encontraban también en chinganas y lugares públicos. Había, pues, una amplia gama de instrumentos, con los cuales se animaban las diversiones del chileno de entonces, unos en sectores de jerarquía o acomodados, y otros entre elementos populares.

La *guitarra*, acaso por más antigua, era el más popular y difundido de los instrumentos. Era la misma guitarra española, pero con algunas modificaciones que la simplificaban, sobre todo en su encordadura, y se denominaba general-

mente *vihuela*. El *guitarrón* era una variante netamente criolla, usada sólo por hombres y en particular por los cantores y poetas populares. Tenía dimensiones muy superiores a las de la guitarra y 25 ó 30 cuerdas. Su clavijero era muy largo, con siete o más clavijas para sujetar las cuerdas; y el mástil, llamado brazo, era más corto y ancho que en la guitarra.

El *arpa* era un antiquísimo instrumento de forma triangular, que se accionaba con ambas manos, y cuyas cuerdas se sujetaban en la cabeza con clavijas metálicas. Adquirió gran popularidad en las chinganas para animar las zamacuecas, juntamente con una guitarra; y de allí nació el dicho de "zamacueca con arpa y guitarra". El *rabel* era un instrumento modesto, especie de violín con tres cuerdas y de sonido muy agudo, usado por la gente del pueblo. El violín, la viola y el contrabajo sólo fueron tocados en las tertulias familiares de las casas de rango.



SOCIETATIA NATIONALA
ROMANIA
CHILENA

La más alta expresión de la música popular fue alcanzada en esta época por los “cantores” y por los poetas, llamados vulgarmente “puetas”. Los “cantores”, con frecuencia mujeres, acompañados de arpa o guitarra, entonaban canciones ligeras —especialmente letras de cueca— en las festividades populares, y gozaban de una extraordinaria memoria para retener largas estrofas, por lo común de cuatro versos. Los “puetas” eran hombres sin cultura alguna, analfabetos; pero que estaban dotados de una singular facilidad para improvisar versos en cualquiera oportunidad. Generalmente vagabundeaban sin cesar por pueblos y campos y no faltaban en trillas, carreras o rodeos. Podría, tal vez, encontrarse su origen en los juglares y trovadores medievales, trasplantados a Chile por la tradición hispánica. Sus versos pueden ser “a lo divino” o “a lo humano”, según sea que se trate de tema religioso o profano; y si no tienen instrumento o no saben música, los recitan o cantan a secas.

Una variedad de los “puetas” fueron

los payadores, que se juntaban para rivalizar en una contienda en verso, o “contrapunto”. Venían de distintos lugares del país, y siempre se llamaba “arribano” al que venía del norte y “abajino” al que venía del sur. Como la generalidad de los poetas populares, ellos se acompañaban del guitarrón y trababan su controversia en medio de gran concurrencia de gente, donde el infaltable licor corría en abundancia, terminando muchas veces estas reuniones en sangrientas riñas. Fue famosa, y por muy conocida no abundamos en ella, la paya trabada a fines de la Colonia entre el mulato Taguada y don Javier de la Rosa. Empezó Taguada cantando:

*Señor poeta abajino
ya podimos principiar,
afirmese en los estribos
que el pingo lo va a voltear.*

Y le contestó don javier:

*En nombre de Dios comienzo,
de mi padre San Benito;
hágote la cruz, Taguada,
por si fueras el Maldito.*

Los poetas populares cultivaron mucho el género del romance. Conservaban en la memoria numerosos romances españoles, aunque deformados o transformados; y también tenían en su repertorio otros originados en el país, muchas veces creados por ellos mismos, con temas chilenos. Se acompañaban para ello del guitarrón, ya que la guitarra era entonces considerada como instrumento femenino.

Los matrimonios rurales constituyeron en la Colonia una fiesta notablemente típica, que difería por completo de los celebrados en la ciudad. Aparte de las distracciones anexas que en él era posible disfrutar, como el canto y el baile, el matrimonio en sí mismo era para los campesinos una diversión especial.

Para su celebración existía todo un ceremonial. Una vez terminado el acto religioso, partían a todo galope los lla-

mados “avisadores” a la casa de la novia, y en su puerta cantaban o recitaban:

*Ya los novios se casaron
y mandaron avisar
si los recibe su padre
para que puedan llegar
y todos avergüenzados.
Vivan novios y padrinos,
vivan los acompañados.*

La dueña de casa, que ha llegado también a caballo desde la iglesia, contestaba:

*A mí me han habilitado
con ocho reales de plata
y un buen caballo ensillado
que aquí vengo en él presente
a recibir a esta gente
que al casamiento ha llegado.*

Cuando llegaban poco después los novios, eran recibidos con el canto de los “parabienes”:



Ramada en tiempos de Portales, creador de las fiestas del "18".

Vivan los recién casados,
gloria a los nuevos esposos,
vivan los novios dichosos,
padrinos y acompañados.

Luego seguía la fiesta en casa de la novia, a la cual podían asistir todos los vecinos que lo desearan, sin necesidad de invitación. A la ceremonia religiosa, en cambio, sólo podían asistir quienes habían sido invitados previamente.

Papel importante en las diversiones de vida social de la Colonia, en lo que respecta a las clases populares, desempeñaron algunos establecimientos de tipo comercial, a los cuales concurría el pueblo a distraerse.

El más antiguo y más típico es, tal vez, el denominado *chingana*, que proliferó sobre todo en la ciudad de Santiago. En callejuelas apartadas, en lugares semiocultos, las chinganas se instalaban, en

forma simple y primitiva, con algunos tablonos o quinchas a manera de mediasguas. Su propio nombre, de origen quechua, significa "escondrijo" y deriva del verbo *chincay* (escondarse, perderse). Eran, en el fondo, burdeles o tabernas de baja calidad. En las chinganas el bajo pueblo se entregaba durante días y noches a toda clase de entretenciones, especialmente al baile, al juego y a la borrachera. Gozaban de gran popularidad; pero su fama era deplorable y con frecuencia se producían en ellas desórdenes y hasta crímenes. Tan adentradas estaban en el alma popular, que se transmitieron a la época republicana y perduraron, como habremos de verlo, hasta muy avanzado el siglo XIX.

El ejemplo de las chinganas cundió a los campos de Chile; mas como en ellos no se disponía ni de las comodidades ni recursos de la ciudad, apareció una variante que se llamó *ramada*. En el fondo era lo mismo que la chingana, pero se instalaba sólo con algunas ramas de árboles que le daban sombra y cierta protección, permaneciendo enteramente

abierta por uno o dos costados. En las ramadas, los campesinos de aldeas y campos se reunían a bailar zamacueca y a beber y comer, no faltando en ocasiones en ellas los juegos de azar. Aunque su carácter era netamente rural, se instalaron también por excepción en algún lugar de las ciudades. Así, en Santiago fueron muy populares las ramadas que existieron a fines de la Colonia en la actual calle Esmeralda, que por ello se llamaba “calle de las Ramadas”, y a las cuales concurrían principalmente los campesinos que llegaban por el Puente de Cal y Canto.

El *bodegón* y el *bodegoncillo* fueron asimismo lugares de diversión del pueblo. Eran establecimientos en los cuales se daba de comer, guisándose viandas de gusto popular. Como en ellos se expendían también bebidas alcohólicas, constituyeron alegres lugares de reunión, en los que no faltaban tampoco las pendencias y los desórdenes. El dueño del establecimiento, que muchas veces adquirió gran popularidad, recibía el nombre de bodegonero.

La *pulpería*, aunque en su esencia era un establecimiento comercial destinado a la venta de alimentos, bebidas, artículos de mercería o de buhonería, se transformó igualmente en lugar de esparcimiento popular. En ellas los hombres se reunían en un comienzo a conversar junto al mostrador o en la trastienda; pero después, y a causa especialmente de haberse hecho costumbre que las regentasen mujeres, se constituyeron en lugar de diversión, borracheras y hasta de prostitución. No siempre las mujeres que regentaban estos negocios eran de baja condición, pues se hizo costumbre que el Cabildo concediera concesiones para ellas, con el nombre de “pulperías de regalía”, a viudas y señoras pobres; pero se puso término a tal privilegio a causa del bajo nivel que estos negocios alcanzaron. Es curioso también recordar que los propios jesuitas tuvieron cuatro pulperías en Santiago, las que fueron cerradas por orden de la autoridad.



7. LAS DIVERSIONES MIXTAS. No siempre las diversiones coloniales fueron puramente tales. Muchas veces formaron parte de actos cívicos, religiosos, fúnebres o laborales; y en tales casos se produjo una confusión tan íntima, que era difícil distinguir entre el jolgorio y el fervor cívico o religioso, del dolor de la muerte o el empuje del trabajo. Brevemente queremos esbozar las principales de estas diversiones, que hemos llamado mixtas.

Festividades religiosas.— La ciudad de Santiago vivía el año entero celebrando acontecimientos religiosos; y otro tanto ocurría, aunque en menor escala, en otros centros poblados del país. En tales ocasiones toda la vida de la ciudad se alteraba, con ceremonias dentro de las iglesias, procesiones, traslado de imágenes, etc.; y al mismo tiempo, se daba lugar a regocijos profanos, como borracheras, corridas de toros, juegos de azar. En Santiago, la fiesta del Apóstol Santiago, patrono de la



ciudad, fue la que primero, y desde antiguo, se celebró; pero pronto tales fiestas aumentaron considerablemente, celebrándose a San Agustín, patrono de la langosta; a San Sebastián, abogado de la peste; a San Antonio de Padua, abogado contra las avenidas del río Mapocho; a San Isidro, patrono contra las sequías; a Santa Rosa; al Señor de Mayo; a San Marcos Evangelista; a San Lázaro, etc.

La fiesta de *Carnestolendas* era un carnaval que se realizaba en los tres días anteriores al Miércoles de Ceniza, en que empieza la Cuaresma, y era como una despedida profana de las diversiones antes de entrar en los ayunos y otros rigores de la Cuaresma. En tales ocasiones, se bebía y se consumía carne en abundancia; las gentes en las calles se arrojaban agua unás a otras; se colocaban máscaras y disfraces; se realizaban bailes en el interior de las casas; se concertaban carreras de caballos, y se organizaban paseos al bajo de Renca, a los cuales concurría toda clase de gente, a caballo, en carreta, en calesas o en coche.

La ceremonia de la *Quema de Judas*,

en boga hasta hoy en lugares campesinos o pequeños pueblos, se configuró en estos años coloniales y fue otra de las fiestas mixtas a que nos estamos refiriendo. En ella se confeccionaba un muñeco de paja que representaba a Judas Iscariote, el apóstol traidor, y se quemaba en algún lugar público, con gran regocijo de los espectadores.

La fiesta de *Cuasimodo* se realizaba el primer domingo después de la Pascua de Resurrección. Su nombre proviene de las dos primeras palabras con que empieza la misa de ese día. El párroco de cada lugar acostumbraba llevar la comunión a los fieles enfermos para que pudiesen cumplir con la obligación religiosa de comulgar por lo menos una vez al año; pero ocurrió que en su trayecto muchas veces fue asaltado por los bandoleros, para robarle el copón y otros valiosos objetos litúrgicos. Ante tal situación, se hizo costumbre que una comitiva de huasos lo acompañara en su trayecto. Como no podían llevar el sombrero colocado, cubrían su cabeza con un pañuelo de colores para protegerse del sol y del polvo. En los lu-



Plaza de Armas de Santiago hacia 1860. Detrás, la Iglesia de la Compañía.

gares donde había un enfermo, se ponía un pequeño altar junto al camino y allí el cura detenía el carruaje en que viajaba. Mientras daba la comunión, los concurrentes eran festejados con grandes vasos de chicha. La ceremonia daba también lugar a carreras de caballos, topeaduras y otras diversiones, con las consiguientes borracheras. Tal festividad, que se inició en la Colonia en tiempos de don Ambrosio O'Higgins, ha prevalecido hasta hoy.

Las Pascuas, nombre con el que se designaba en conjunto a la fiesta de Pascua de Navidad y al Año Nuevo, eran celebradas en la ciudad con los típicos "nacimientos" que se instalaban en iglesias y casas particulares, con toda clase de pintorescas figuras e imágenes. El Niño Dios recién nacido, la Virgen y San José constituían las figuras centrales, en hermosos y policromos tallados. Junto a los "nacimientos" se rezaba una novena y durante ella llegaban "cantoras" a entonar villan-

cicos criollos, composiciones hechas por poetas populares —a imitación del género español—, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros. Se celebraba también la Misa del Gallo, a medianoche, y luego de ella venía una alegre cena con música y bailes. A veces se formaban comparsas que recorrían calles y caminos, entonando canciones con guitarras.

El *velorio* puede asimismo ser considerado como una "diversión", aunque parezca paradoja, y con carácter mixto religioso, en las costumbres de las clases populares. Cuando ocurría un fallecimiento, todas las amistades, parientes y vecinos del difunto, acudían a su casa, en donde se le velaba. Allí, junto con rezarse rosarios y otras oraciones, se desarrollaba una verdadera bacanal, con abundante comida y bebida. Posteriormente, y cuando todos estaban ebrios, el cadáver era llevado en parihuela hasta el cementerio.

Una variante muy típica de esta ceremonia la constituía el velorio del "angelito", cuando moría un niño. El pequeño difunto era sentado en una silla en lugar



San Francisco (1861) y el obelisco del cincuentenario de la Independencia.

prominente, vestido de blanco, y a su alrededor se desarrollaba una bacanal más intensa aún, con canciones alusivas y especiales.

Las danzas rituales empiezan también a configurarse. En ellas se mezclan las creencias católicas con las prácticas paganas.

Hemos visto cómo los indígenas chilenos acostumbraban realizar singulares bailes, pintarrajeados y disfrazados. Parece ser que los incas encauzaron estas diversiones, dándoles un sentido religioso. Posteriormente, cuando los indios fueron cristianizados por los misioneros españoles, no pudieron éstos desentenderse de las danzas rituales y se vieron obligados a aceptarlas como parte integrante de ceremonias litúrgicas.

Generalmente, el origen de la introducción de las danzas rituales indígenas en las ceremonias católicas, se encuentra en viejas leyendas divulgadas por los in-

dios o por los propios misioneros. Casi siempre, se trata de imágenes de la Virgen o de otros santos que se encontraban milagrosamente en los campos o que huían en forma inexplicable de los altares. Los indios conducían la imagen a la iglesia, ejecutando en torno a ella sus habituales danzas con disfraces y máscaras y acompañándola con monótonos cantos o música de instrumentos primitivos. Se hizo costumbre realizar la misma ceremonia año tras año y se crearon "hermandades" para tal objeto, de las cuales formaron parte no sólo indígenas sino también mestizos. Estas "hermandades" eran presididas por el cacique correspondiente y se componían de treinta o más danzantes que recibieron el nombre de "chinos", cuyo significado en quechua es el de "sirviente" o "servidor". Así nacieron las danzas de "chinos" de Andacollo (1676), de la Candelaria (1780), de la Santa Cruz de Mayo, de la Virgen del Carmen, de la Virgen de la Merced y varias otras, realizadas en diversos lugares del país.

En todas estas fiestas y ceremonias, además de los cánticos y danzas, se pro-

ducían muchas veces excesos de toda clase. Sin embargo, adquirieron gran popularidad y se divulgaron grandemente, no sólo en la Colonia, sino en los días de la República, participando en ellas tanto indios como toda clase de gentes. Luego veremos cómo han llegado hasta nosotros, repartidas en un amplio ámbito geográfico y erradicadas ya del sector indígena, aunque conservando sus primitivas tradiciones.

En los tiempos modernos se ha desarrollado todo un riguroso ceremonial típico en torno a estas fiestas y ha nacido un sinnúmero de personajes con distintas denominaciones, como igualmente una amplia gama de instrumentos rituales. A ello nos referiremos en su oportunidad.

Festividades de faenas agrícolas.— A semejanza del *cahuín* indígena, el campesino chileno de la Colonia realizó muchas de sus faenas agrícolas en medio de festejos y diversiones. Así sucedía con el rodeo de animales, la vendimia y la trilla, principalmente.



El rodeo no era una fiesta estilizada y deportiva como hoy. Era simplemente la faena agrícola-pecuaria de separar animales y marcarlos en determinada fecha del año. En los primeros años de existencia de la ciudad de Santiago, esta faena se realizaba en la Plaza de Armas; pero luego se generalizó a los más diversos puntos del país. En estas ocasiones se reunían los comarcanos y cada cual reconocía sus propios animales y los separaba. Esto daba lugar a corridas y atajadas de ganado, que fueron desarrollando habilidades especiales en los campesinos. Por supuesto, todo se celebraba con bebida, bailes y canciones. En esta forma fue naciendo una verdadera afición en los hombres de campo, que habría de transformarse en los tiempos republicanos en los tradicionales y animados espectáculos públicos que hoy conocemos.

La vendimia se realizaba en forma muy alegre y singular. Mientras algunos hom-

bres acarreaban la uva en canastos, otros procedían a estrujarla con los pies en grandes fudres. El estruje se realizaba en medio de dicharachos y canciones que se generalizaban para tal evento. Naturalmente, cuando ya los caldos empezaban a fermentar, los trabajadores subrepticamente bebían de él y terminaban por embriagarse. La faena, así, al terminar el día, se transformaba en bulliciosa fiesta.

La trilla a yeguas era la más animada de las faenas agrícolas. Una gran cantidad de yeguas galopando en forma circular pisoteaban las gavillas, arreadas por hábiles jinetes. En lo alto de la parva que se formaba, solía colocarse una "cantora" con guitarra que animaba la faena; y en sus inmediaciones, se acomodaban otras con arpa y guitarra. En los descansos, y al final de la jornada, se repartía licor y abundante comida. Se bailaban también animadas zamacuecas.

Festividades cívicas.— La fiesta del Paseo del estandarte real, iniciada en tiempos de la Conquista, adquirió caracteres relevantes en la época colonial. Se reali-

zaba anualmente en el día del Apóstol Santiago, con gran acompañamiento y bullicioso regocijo popular. El alférez real paseaba el estandarte por la actual calle Estado, que por eso se llamó "calle del Alférez Real", y por otras calles de la ciudad, mientras la gente congregada, en medio de música y tambores, gritaba: "¡España!, ¡Santiago!, ¡Por el rey!" Luego se realizaba una solemne misa y el pueblo se entregaba a toda clase de diversiones y excesos.

Además del Paseo del estandarte real se celebraban en la Colonia numerosas ceremonias cívicas por los más diversos motivos: el advenimiento de un rey, la preñez de la reina, el nacimiento de un príncipe, la llegada de un nuevo gobernador, etc. De éstas, la de mayor importancia local y la más solemne era, sin duda, el *Recibimiento del gobernador*. Se realizaba con un riguroso ceremonial preestablecido. Una gran caballería, compuesta por soldados, campesinos y hasta indios, esperaba al nuevo gobernador en las afueras de la ciudad. Desde allí se le conducía a unas grandes

puertas construidas ex profeso, a manera de puertas de ciudad, en donde debía prestar juramento. Luego se le llevaba bajo palio por las calles de la ciudad, aderezadas con arcos triunfales.

Todas estas festividades cívicas eran acompañadas por corridas de toros, carreras a caballo y toda suerte de diversiones.

Otras festividades más modestas eran el paseo del doctorado en la Universidad de San Felipe y el paseo de la Bula de la Santa Cruzada, esta última con carácter también religioso. En estas ocasiones, la celebración consistía únicamente en ceremoniosas cabalgatas, a las cuales ya nos hemos referido.

8. LOS PASEOS. Los habitantes de Santiago, especialmente en los meses de primavera y verano, gustaban salir a tomar el fresco y a divertirse en lugares públicos que llamaba "paseos". Allí circulaban de un lado a otro, conversando y saludándose al pasar. Tres paseos públicos se conocieron en Santiago durante la Colonia:



El paseo de los Tajamares (río Mapocho), en 1800.

a) El de los Tajamares, a orillas del río Mapocho y sobre los muros de los parapetos que se habían levantado para contener las aguas. Abarcaba desde el Puente de Cal y Canto hasta los inicios de la actual Avenida Providencia. A pesar del angosto trecho que sobre estos parapetos existía, los santiaguinos se paseaban allí animadamente.

b) El de la Pirámide. El gobernador Obando hizo plantaciones de sauces en el lado sur de los Tajamares, desde la actual Plaza Andrés Bello hasta la chacra de Quinta Alegre. Se llamó primero “Alameda de los Tajamares”; pero más tarde, cuando el gobernador Ortiz de Rozas hizo levantar una pirámide conmemorativa en su extremo oriente, fue llamado



Paseo de la Cañada, futura avenida O'Higgins.

"Paseo de la Pirámide". A él se concurría a caballo o en carruajes.

c) La Alameda Nueva. A orillas de un nuevo tramo de tajamares que se construyó desde el Puente de Cal y Canto hacia el poniente, el gobernador Jáuregui hizo plantar también, en 1773, sauces y otros árboles. Así se formó un nuevo paseo que fue denominado "Alameda Nueva" y que fue frecuentado por el vecindario.

La Cañada (actual Alameda) no era entonces un paseo público, sino un sitio abrupto, destinado corrientemente a ba-sural.

Se estilaban también en Santiago las excursiones campestres a los alrededores de la ciudad. Se usaban para ellas grandes carretas entoldadas que eran arras-



Un "pavo" remontando el vuelo.

tradas por bueyes y que conducían a las damas, junto con camas, alimentos y toda clase de utensilios. Los hombres marchaban a caballo junto a las carretas.

En otras ciudades o villas del país, los habitantes no tenían generalmente otro paseo público que la Plaza de Armas, en la cual acostumbraban reunirse.

9. JUEGOS INFANTILES. Entre los niños existió en la Colonia una amplia gama de diversiones, que muchas veces se confundían con las de los adultos, siendo utilizadas por unos y otros. Sólo nos limitaremos a esbozarlas.

Los principales juegos, practicados ya sea en las casas o en la calle, eran el volantín, la pelota, las chapitas, el trompo, las escondidas, el pimpín saravín, el hilo de oro, etc.

El más popular, que apasionaba a niños y a adultos, era el volantín. Consistía

Volantín gigante, con flecos: alegría del ciclo primaveral.



en elevar una armazón a base de papel, que podía revestir diversas formas. Los más pequeños, encumbrados con hilo, eran la "ñecla", el "chonchón", el "volantín chupete" y el volantín propiamente tal, de forma cuadrada y que se elevaba diagonalmente. Los más grandes, que se encumbraban con cordel, eran la "estrella", la "bola", los "pavos" y los "jotes". Solían producirse "comisiones" entre los distintos jugadores, que tendían a derribar el volantín del adversario, usándose muchas veces un hilo impregnado de vidrio, que se llamaba "hilo curado".

Las chapitas, juego de la calle que se generalizó entre las clases populares, consistía en lanzar monedas al aire para adivinar la forma en que caían: de cara o de cruz.

Se hizo también costumbre en estos años de realizar riñas a pedradas entre muchachos de uno y otro lado del río Mapocho: los chimberos y los santiaguinos. Este juego era motivo de diversión para los paseantes de los Tajamares.

Muchos de estos juegos se mantuvieron o se modificaron durante la época republicana.

No tenemos antecedentes coloniales sobre el juego de bolitas, por lo que creemos que se popularizaron sólo en los años republicanos. En el siglo XIX se conocieron los juegos de la "hachita", la "cuarta", la "troya", los "tres hoyitos", la "capital" y otros. Las bolitas usadas eran pequeñas esferas de piedra, cristal o greda. Posiblemente, puede este juego haber nacido a fines de la Colonia.

III

Diversiones de los años republicanos

1. NATURALEZA DE LA DIVERSIÓN REPUBLICANA. Desde que se produjo la Independencia Nacional, la diversión chilena adquirió características especiales, que ya se advirtieron en la Patria Vieja. Tales características podían resumirse en una sola: la diversión se hizo típicamente chilena, con timidez primero y acentuadamente después.

En este carácter chileno típico podemos notar claramente varios rasgos inconfundibles, que afloran en todos los momentos en que el chileno se divierte.

El primero de ellos, y pese a todo, es la supervivencia de la Colonia. Nos será fácil advertir cómo en una gran mayoría

de diversiones del Chile independiente están vivas las costumbres coloniales, incluyendo en ellas no sólo a las hispánicas, sino también a las que el indio aportó.

Otro rasgo es la compenetración con el medio y con el nuevo espíritu chilenos. Las diversiones del chileno, incluso las más antiguas, parece que ahondaran ahora en la tierra, confundándose con ella; y en su largo proceso terminan por adaptarse por entero al alma de los habitantes del país, haciéndose también una sola cosa con ellos.

Un tercer rasgo sería la facilidad con que recibe influencias extranjeras. Pese

a su chilenidad, a su origen y a su evolución, la diversión no resiste la intromisión de modalidades foráneas; pero sabe adaptarlas, combinarlas, terminando por hacerlas formar parte también de la chilenidad.

Hay, sin embargo, diversiones extrañas que se reciben en Chile como quien dijera "en paquete" y que se mantienen como llegaron. Tal es el caso, por ejemplo, del fútbol. Pero a ellas no nos referiremos en este trabajo.

En los acápite siguientes haremos una sucinta relación de las principales de estas diversiones del Chile independiente. Trataremos de seguir el mismo orden en que las hemos estudiado en el capítulo anterior; pero ello nos será posible sólo hasta donde su nueva naturaleza y su evolución lo permitan.

2. DIVERSIONES COLONIALES QUE DESAPARECEN. En muchas oportunidades, según lo hemos visto, las autoridades coloniales trataron de suprimir gran parte de las diversiones populares, prohibiéndolas o reglamentándolas con estrictez;

pero fue en vano luchar con costumbres ya tan adentradas en el alma del país.

En los años republicanos, en cambio, más de una diversión logró ser extirpada por disposiciones gubernativas, y otras fueron desapareciendo paulatinamente, a impulsos de la evolución social y de las nuevas modalidades de vida.

Las *canchas de bolas* mantuvieron en los primeros años una gran popularidad entre las clases modestas de la sociedad. En el intermedio de la Reconquista, Marcó del Pont las prohibió porque entre sus concurrentes se hacía activa prédica revolucionaria en favor de las ideas patrióticas. Pero cuando se afianzó definitivamente la Independencia Nacional, reflorecieron con mayor vigor. Existían canchas de bolas en todos los lugares del país, de ordinario bajo una ramada, en cuyo piso, con tierra gredosa apisonada, se colocaba una armazón de madera, y en una de sus extremidades se enterraba el anillo por donde debía pasar la bola.

Hasta 1876 existían todavía en todo su esplendor y popularidad, constituyendo uno de los ramos de ingreso de los Mu-



Cancha de gallos en La Cisterna.

nicipios; pero a contar desde entonces empiezan a decaer lentamente. Ya en los inicios del siglo XX han desaparecido por completo, no hallándose registradas ni como renta municipal ni como establecimientos comerciales. Sin embargo, en lugarejos pequeños y apartados se mantuvieron lánguidamente durante un tiempo más, hasta desaparecer del todo.

Las *corridos de toros* no se avinieron con el espíritu republicano y documentos de los primeros años de vida independiente las califican de “espectáculos de horror propios de los tiempos bárbaros y que encruelecen a los espectadores”. En 1819 aún se realizaban en algunas localidades; pero en 1823 fue promulgada por don Ramón Freire su prohibición, mediante una ley que había sido impulsada activamente por don Manuel de Salas y que decía: “Quedan abolidas perpetuamente las lidias de toros en el territorio de

Chile, tanto en las poblaciones como en los campos”.

Las *riñas de gallos* habían sido suprimidas durante la Colonia, en 1808, destiñándose su cancha del “Basural” a juego de pelota vasca; pero el gobernador García Carrasco, que era insigne gallero, las restableció durante su gobierno, acomodando una cancha especial en el lugar en que hoy día se encuentra la Plaza Andrés Bello. En los primeros años de la República fueron nuevamente prohibidas, para volver a establecerse en 1829, habilitándose otra vez el mismo reñidero.

Durante muchos años los chilenos mantuvieron su afición a las riñas de gallos, y la cancha a orillas de los Tajamares (Plaza Andrés Bello) adquirió una enorme popularidad. En planos de Santiago hasta 1864, esta cancha figura todavía con el nombre de “Reñidero de Gallos”. Pero con posterioridad esta afición se fue extinguiendo y desapareció de los hábitos chilenos, surgiendo sólo esporádicamente.

Las *chinganas* fueron prohibidas en la



época de la Reconquista mediante un Reglamento de Policía, que entre sus instrucciones al teniente decía: "No permitirá que continúen ciertas casas públicas que el vulgo llama chinganas, por ser una especie de lupanares o escuela de todos los vicios". Sin embargo, durante la República se restablecieron con gran amplitud, repartiéndose en todos los lugares de Santiago y de provincias.

Por espacio de muchos años mantuvieron gran popularidad como sitios de diversión y de parranda, concurriendo a ellas, con preferencia, las clases populares, pero sin que faltaran personas de calidad que las frecuentaban subrepticamente. Hubo algunas de mucha fama en el primer tercio del siglo XIX, como la de "doña Rutal" y la de "El Parral", esta última así llamada porque funcionaba bajo un emparrado en las proximidades del Puente Purísima. Tanto proliferaron, que llegó a decirse que el Minis-

tro don Diego Portales las fomentaba para distraer a los pipiolo, alejándolos de la política.

En 1864, con motivo de los frecuentes desórdenes a que las chinganas daban lugar en todos los sectores de Santiago, el intendente de la provincia don Federico Errázuriz las relegó a ciertos sitios apartados, como el extremo de la calle San Diego. Posteriormente, ellas fueron desarraigadas de las costumbres chilenas, siendo reemplazadas por restaurantes, cafés, fondas y otros establecimientos.

Sin embargo, la *ramada*, que era su congénere rural, logró sobrevivir en las costumbres campesinas en ciertas ocasiones.

El *bodegón* y la *pulpería* desaparecieron también en los primeros años republicanos, substituidos por otros establecimientos comerciales.

3. LOS JUEGOS DE AZAR. Prohibidos durante la Reconquista, los juegos de azar recuperaron su difusión desde los primeros años republicanos; y de entre ellos fue el naipe el que mayor popularidad tuvo.

En el gobierno de don Bernardo O'Higgins, por decreto de 1818, se puso término al estanco de naipes, permitiéndose su libre fabricación en el país, con lo cual el número de barajas en circulación aumentó considerablemente. Como en la Colonia, se trataba del naipe español, aquí llamado naipe chileno. Los juegos continuaron siendo casi los mismos de la Colonia en los primeros años; pero tuvieron preferencia la *malilla* entre la gente acomodada y el *monte* en las clases populares. La *malilla* adquirió aquí la forma llamada "de compañero"; y en ella la carta de mayor valor era el 9, siguiéndole el As, el Rey, etc.

Con el transcurso de los años se introdujo el tipo de naipe francés, con el nombre de "naipe inglés", y se divulgaron otros juegos, tales como el *póquer*.

El juego de dados se mantuvo también; pero con los años adquirió una modalidad especial que se jugaba en un cubilete de cuero. Con el nombre de *cacho* ha llegado hasta nosotros y lo consideramos típicamente chileno.

Las chapitas, que en su origen fueron

un juego infantil, terminaron apropiadas por los hombres de clases populares y hasta hoy día suele jugarse por ellos a orillas de los caminos rurales o en callejuelas apartadas. Las tabas no han perdurado sino en forma muy limitada.

4. CARRERAS Y TOPEADURAS. DIVERSIONES ECUESTRES. Las carreras a la chilena, que fueron durante la Colonia afición general, terminaron en los años republicanos por pasar a ser patrimonio casi exclusivo del huaso, que era su creador. En otros sectores, especialmente en la ciudad de Santiago, fueron reemplazadas por el *turf* inglés, con la fundación de la Sociedad Hípica Chilena en 1867 y con la instalación del Club Hípico de Santiago en 1869. Las antiguas canchas santiaguinas que se habían conocido en la Colonia y otras que se formaron en los primeros años republicanos, como las del "Llano de Portales" (Barrio Yungay), acabaron por desaparecer completamente.

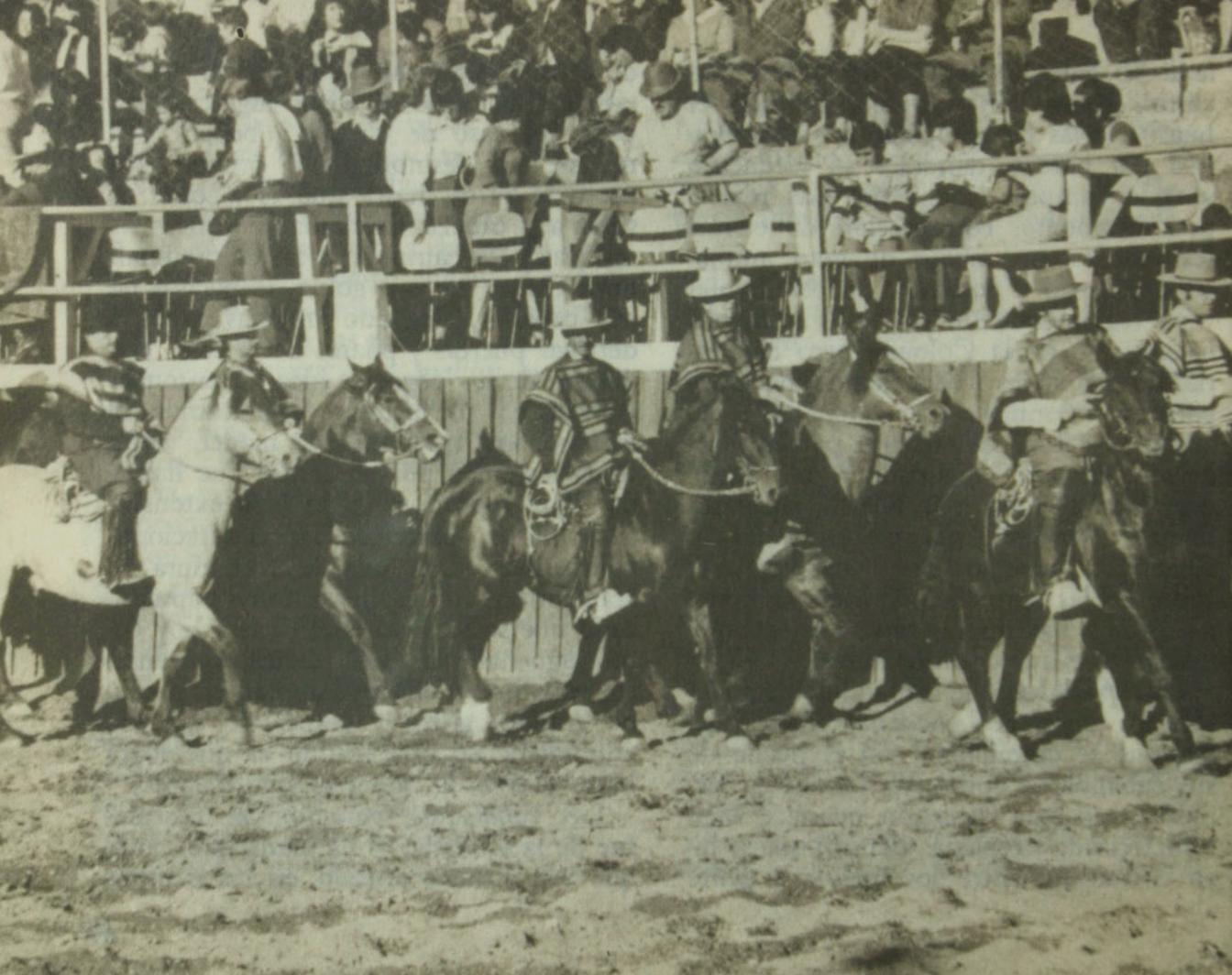
En los sectores campesinos y en las aldeas, en cambio, las *carreras a la chi-*

lena se han mantenido hasta hoy. Su cultor, como hemos dicho, ha sido el huaso. Se las ha apropiado o recuperado casi por entero, dándoles su verdadero sentido campero y chileno. Las realiza periódicamente, con ocasión de ciertas festividades, en medio de gran animación, jolgorio y colorido. Su ceremonial y su reglamentación son más o menos los mismos de la Colonia; pero hay variantes regionales y otras denominaciones para los personajes que intervienen. El antiguo "gritón" que daba la partida, suele ser llamado "mandador"; el "juez" que daba el fallo a la llegada suele ser llamado "tercero", porque dirime las divergencias entre los dos "veedores". Y, tanto en las apuestas como en los festejos anexos, hay nuevas características que las han diseñado definitivamente.

La *topeadura*, que en la Colonia fuera sólo un esporádico encuentro entre jinetes, que se empujaban con el pecho de sus caballos, se convierte durante la República en una diversión ecuestre bien caracterizada y reglada. Ocurrió que se hizo costumbre entre los huasos y gente

de campo detenerse en la puerta de las posadas, baratillos u otros lugares, para pedir un vaso de chicha y beberlo allí mismo, sin desmontar. Al primer vaso sucedían otros, hasta que el alcohol se subía a la cabeza. Estallaban entonces las reyertas y los campesinos las emprendían unos contra otros a golpe de pechos de sus caballos, llegando muchas veces a derribar puertas y pilares de la casa. Los dueños de los negocios idearon entonces colocar en su fachada, enfrentando el camino, una gran vara de madera cilíndrica sostenida por horcones. Fue llamada "vara topeadora" y se hizo extensiva a la mayor parte de las habitaciones campesinas. Con ella la topeadura se transformo en un juego muy popularizado que se ha mantenido hasta hoy como algo habitual. Los jinetes, apoyando sus caballos en ella se empujan en medio de grandes gritos y golpes de espuela, entendiéndose que triunfa el que logra hacer salir de la vara a su contrincante.

Las *cabalgatas*, ceremoniosa costumbre de la Colonia, se ha mantenido, aunque con distinto sentido, en los tiempos



Desfile de competidores en el rodeo.

republicanos. Los huasos la han convertido en una diversión exclusiva de ellos, llevándola a cabo cada vez que algún personaje importante, político o religioso, visita su lugar.

Debemos incluir ahora entre las diversiones ecuestres al *rodeo*, que en los tiempos coloniales sólo fue una descolorida faena mixta, que daba lugar a ciertas expansiones.

Durante la República, y en especial en los años del presente siglo, el rodeo se ha transformado en una festividad estilizada y típica, que se realiza frecuentemente con fines de beneficencia.

Constituye hoy día la fiesta campesina chilena por excelencia; y en ella los huasos lucen todo su esplendor, sus mejores arreos, su mayor alegría y hasta su soberbia ancestral.

El rodeo-fiesta de hoy día se realiza en una medialuna enquinchada, con ceremonial y reglamentación bien determi-

nados. Un arreador, con un fuerte grito, hace salir a la medialuna por una puerta lateral al vacuno escogido. Los "corredores" actúan en parejas, muchas veces formadas por el patrón y un empleado. Parten al galope tras el vacuno, oprimiéndolo contra la quincha; y en un lugar determinado, entre dos banderolas, hacen la "atajada" con elegancia y maestría. De la calidad de la "atajada" dependen los puntos buenos o malos que se obtienen, todo lo cual está estrictamente reglamentado.

Para que la "atajada" sea correcta, debe hacerse con el caballo "cruzado" y el vacuno "remachado" dentro de las banderas. Se dice "cruzado" del caballo que va con la cabeza sobre el vacuno y su costilla separada de él. "Remache" es el apretón que debe darse al vacuno contra la quincha en un lugar determinado.

Realizada la "atajada" en forma correcta, se cotizan los "puntos buenos" para los corredores, en la siguiente forma:

Envoltura: 0 punto. (Cero.)

Atajada de cogote 0 punto. (Cero.)

Atajada de paleta, cogote libre: Dos puntos buenos.

Atajada de mitad, paleta libre: Tres puntos buenos.

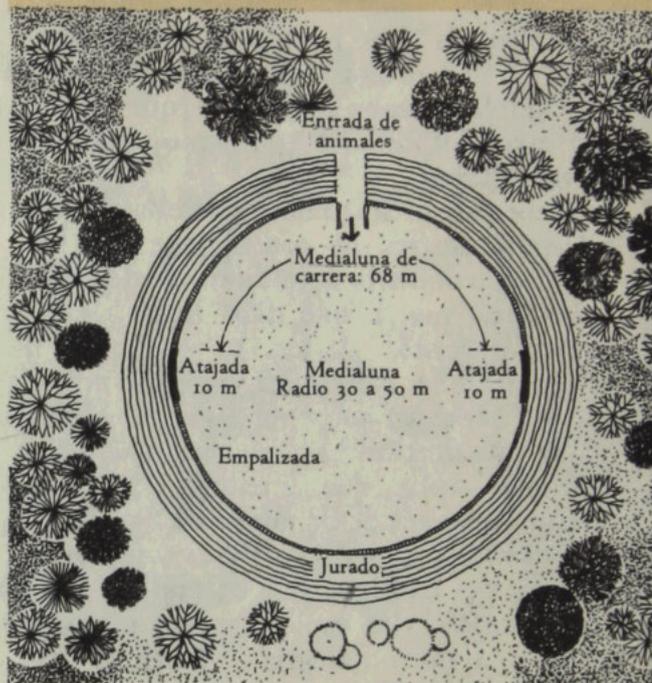
Atajada de ijar, costilla libre: Cuatro puntos buenos.

Hay también “puntos malos” para las “atajadas” defectuosas. Una mala entrega, las tijeras en la cancha, el abandono del animal en la recibida, la ayuda de compañero, el machetazo (caballo despegado en la “atajada”), la atajada antes o después de la bandera, significan un “punto malo” para los corredores. Y el caballo pegado en las quinchas o el abandono de animal en la cancha, se sancionan con dos “puntos malos”.¹

La cantidad de “puntos buenos” obtenida por cada pareja, determina su lugar en el concurso y los premios que le corresponden, mediante una gran amplitud de sistemas reglamentarios, que varía según la categoría del rodeo o del lugar en que se realiza.

Además de los “corredores” interviene

¹“Estatutos y Reglamentos Generales de corridas de vacas”. Federación del Rodeo Chileno. 1970.



Esquema reglamentario de la “medialuna”.

en el rodeo un sinnúmero de personajes, tales como el "comisario general" y el "capataz".

Desde pabcos, tribunas y galerías, un numeroso público contempla el espectáculo, dando al ambiente especial emoción con sus gritos y sus aplausos. Y en locales y ramadas anexos se realiza el festejo, con bailes, cantos y comidas, celebrándose allí también a los ganadores.

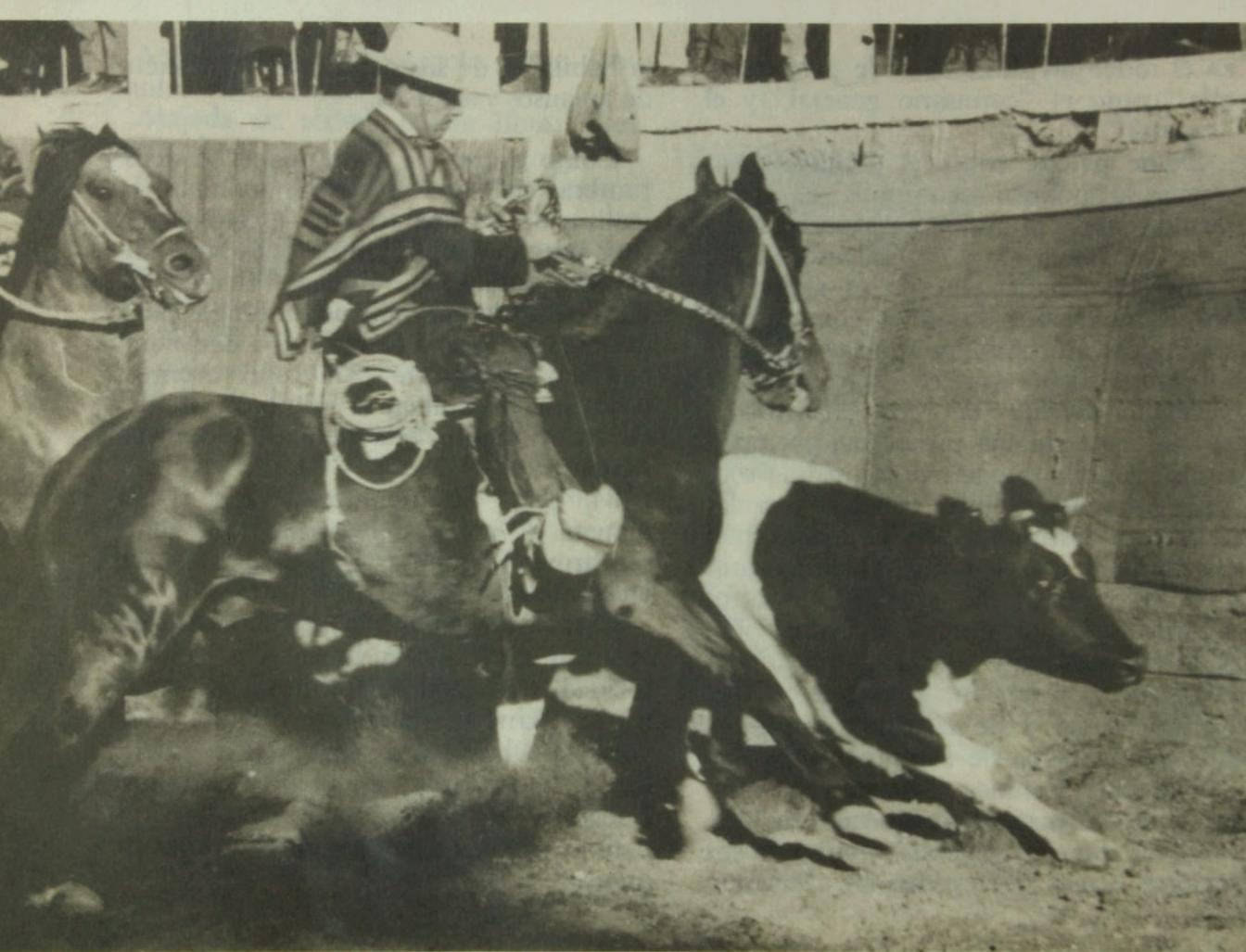
Hemos dicho que el *rodeo*, llamado también *corrida de vacas*, constituye hoy la fiesta chilena campesina por excelencia. En ella se advierte la médula misma de la vida criolla, con sus mezclas de razas y costumbres, en las que afloran el griterío de indios, la algarabía de moros y el colorido de las corridas de toros españolas. No obstante su estilización, él interpreta mejor que ningún otro espectáculo o diversión, la naturaleza del huaso chileno y de la vida campesina. Allí está la faena de campo simbolizada y enaltecida; y nunca el hombre de campo se siente más ufano que en él, atrayendo la atención general, ostentando sus mejores arreos y vestimentas, luciendo

la habilidad de sus corraleros, y recibiendo aplausos y agasajos.

Como anexo de todo rodeo se acostumbra, en los años contemporáneos, la realización de una serie de juegos ecuestres, que los Reglamentos declaran obligatorios para todo "Rodeo Oficial". En ellos se lucen la agilidad, inteligencia y destreza del "caballo chileno", declarado también obligatorio para estos eventos. Tales juegos reciben el nombre genérico de "movimiento a la rienda", y son los siguientes:

Marcha: Se demuestra en él la manera de andar del caballo, que debe ser firme, mantenida y rápida, sin caer en sobrepaso ni trote.

Entrada de patas y parar: Consiste en arrancar al caballo en línea recta y en velocidad, rematando con entrada de patas y parar. Una vez parado el caballo, debe volverse sobre una de sus patas, repitiendo la "desnalgada" en el otro extremo. Luego se vuelve el caballo sobre la otra pata y termina "desnalgando" frente al jurado.



La "atajada".

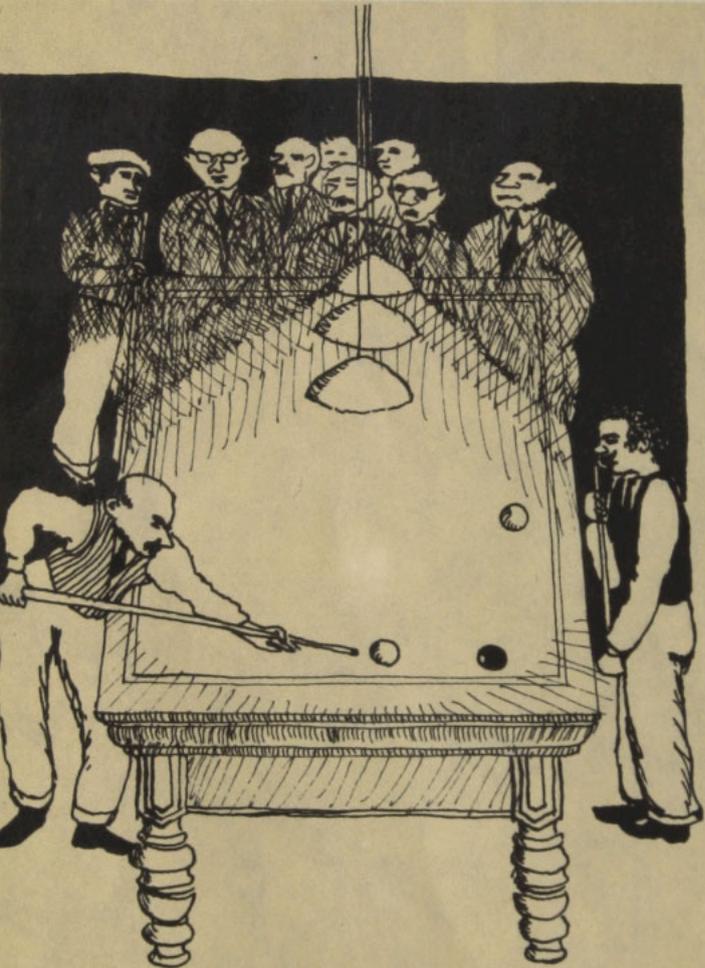
La troya: En velocidad, debe hacerse un círculo con un mínimo de dos vueltas a cada mano, cerrando con vuelta hacia afuera, para entrar en la misma "troya" a la otra mano y terminar con la última vuelta hacia el jurado.

El ocho: Se efectúa sobre una línea que sirve de eje, no mayor de diez metros de largo, y debe ejecutarse con un mínimo de dos vueltas a cada mano.

Volapié: Consiste en arrancar a caballo en línea recta y en velocidad. Sobre la "desnalgada", y sin pararlo, se hace girar el caballo sobre una pata para buscar la vuelta con rapidez, hasta salir en dirección contraria por la misma línea de la primera arrancada. En el otro extremo, se repite la "desnalgada" y vuelta sin parar, sobre la otra pata, y se termina con una media vuelta frente al jurado.

Durante un campeonato nacional de rayuela.





Antaño el billar constituía un monopolio de los varones...

Remolino (o “vuelta sobre parado”): Se dan dos o tres vueltas sobre una pata, repitiendo el mismo ejercicio sobre la otra.

Desmontar y montar: Debe hacerse sin que el caballo mueva las patas.

Retroceder: Debe hacerse en línea recta y uniforme, sin que el caballo abra el hocico.

5. JUEGOS DEPORTIVOS. De los juegos deportivos de esta época, la *rayuela* es, sin duda, el más típicamente chileno. Desplazado de Santiago, se fue replegando poco a poco a los campos y aldeas. Se le dio también el nombre de “tejo” y se continuó jugando más o menos como en la Colonia; pero se estiló ahora trazar canchas en mejor forma, enmarcándose el escenario principal con trozos de madera en un espacio de nivel más alto que el suelo. La rayuela ha llegado hasta

hoy día, como juego preferentemente de ciudades y aldeas de provincia, en donde existen clubes organizados que lo juegan con entusiasmo.

La *pelota vasca* adquirió también cierto carácter chileno, debido a la numerosa colonia de vascongados y españoles que ha venido radicándose en el país en la época republicana y que la juega animadamente, llamándola también "frontón". Se juega lanzando la pelota con un golpe de mano contra una pared, que recibe propiamente el nombre de frontón.

El *billar*, no obstante tener origen colonial, adquirió su verdadera difusión en los primeros años de la República. En la Colonia existió primero un juego llamado "truco", de origen italiano, pero que los españoles, en lugar de jugarlo en el suelo como su modelo, lo jugaban sobre una mesa con bolas de marfil y tacos de madera. Los franceses, a fines de la Colonia, introdujeron una variante o derivado llamado *billard*, que desplazó al truco por completo. Ninguno de ellos adquirió mayor difusión, limitándose a unos cuantos

establecimientos centrales en Santiago; por tal motivo no los mencionamos en el capítulo anterior.

Desde la Independencia, en cambio, el billar se divulgó ampliamente. Se jugaba sobre una mesa especial, empujando las bolas de marfil con tacos de madera para hacer carambolas. Las mesas de billar existieron en numerosos sitios de Santiago y de otras ciudades. Eran en los primeros tiempos rústicos armatostes, bajo los cuales se guardaban las camas del personal de servicio. Los jugadores se alumbraban con velas de sebo y usaban tacos sin suela ni tiza, por cuyo motivo se veían obligados a restregarlos fuertemente sobre la pared pintada con cal, dejándola llena de agujeros. A fines del primer tercio del siglo XIX, había muchos billares en Santiago y funcionaban de preferencia en los cafés, de entre los cuales fue famoso el "Café de la Baranda", en calle Monjitas a una cuadra de la Plaza de Armas, llamado así precisamente porque tenía seis mesas de billar.

La *chueca* continuó jugándose en los numerosos rancheríos indígenas que se

...hogaño se hace presente el sexo que llamábamos débil.

mantuvieron hasta mediados del siglo XIX en la zona central, y ha continuado practicándose hasta hoy día entre los araucanos. Se jugó también entre los mestizos y entre los habitantes modestos de campos y aldeas. En la zona central se jugaba con bolas de madera y mazas arqueadas, entre equipos numerosos, sin limitación de jugadores. Ganaba el equipo que hacía pasar la bola más allá de una raya trazada al final de la cancha. Como en esta zona las autoridades prohibieron la chueca, por el peligro que significaba la bola lanzada con fuerza, se creó una variante denominada *estorbato*, que se jugaba en una cancha pequeña, con cinco jugadores por lado. La bola no era golpeada, sino simplemente empujada o "estorbada".

6. DIVERSIONES DE VIDA SOCIAL. La vida social de los habitantes del país adquirió desde la Independencia ciertos caracteres



especiales, tomando su base naturalmente en los hábitos coloniales. Persistió una notable diferenciación entre las clases altas y las clases populares; pero se empieza a advertir ahora la tendencia a imitarse y a mezclar costumbres en uno y otro grupo.

En las clases acomodadas continuaron las *tertulias*, aunque lentamente fueron evolucionando desde su modelo inicial hasta las reuniones sociales de hoy, sin carácter típico. Continuaron también las *visitas*, pero no limitadas al elemento femenino como en la Colonia, y con el agregado de los "invites" a almorzar o comer, que debían ser seguidos rigurosamente por la "visita de digestión" que hacían los invitados una semana después.

Los bailes usuales en la alta sociedad fueron ahora más serios y más solemnes. Eran especialmente el minué, el vals, la cuadrilla, la contradanza, el rigodón y la gavota, todos ellos de origen extranjero, pero que se aclimataron perfectamente en el ambiente chileno.

Se practicaban también otros tipos de bailes, compartidos por la clase media, de carácter más criollo, que habían lle-

gado a Chile desde el Perú o la Argentina. Ellos fueron, omitiendo algunos de escasa difusión, la *refalosa*, la *sajuriana*, el cuando, el *pequén*, el *gallinazo* y el *jote*.

La *refalosa* se bailaba al son de tres estrofas. En la primera se daba una vuelta completa, a manera de persecución, y se terminaba con un estribillo y media vuelta; la segunda se bailaba con paso quebrado a izquierda y derecha, y la tercera era de movimiento escobillado de dos tiempos.

La *sajuriana* y el *cuando* eran bailes intermedios entre los que podrían llamarse de salón y los zapateados o chicateados. Fueron introducidos a Chile desde Argentina por el Ejército Libertador, junto con otros que tuvieron menor difusión, tales como el *cielito* y el *pericón*. El más popularizado de ellos fue la *sajuriana*, que se bailaba entre dos personas con pañuelos, zapateando y escobillando el suelo.

El *pequén* se bailaba por parejas y se caracterizaba porque en un momento dado los bailarines se agachaban, abriendo los brazos, para levantarse luego can-



¡Huifa, rendija ...!

tando estribillos. Este movimiento se llamaba "apequenada", porque imitaba los movimientos del ave llamada pequén.

El *jote* se bailaba entre dos hombres y una mujer y era muy semejante a la cueca.

El *gallinazo* se bailaba agitando dos pañuelos cada uno de los danzarines, a imitación del movimiento de alas del ave de igual nombre.

Las reuniones en que se bailaba, llamadas primitivamente tertulias, recibieron la denominación de saraos (del francés *soirée*), reservándose el primer nombre para las conversaciones de tipo intelectual que se realizaban en algunas casas desde mediados del siglo XVIII.

En las clases populares la vida social se reducía a reuniones en las chinganas y otros sitios, a los velorios y festejos, a la cueca y a la música popular.

Las chinganas se mantuvieron hasta bien avanzado el siglo; pero se estableció

en ellas una marcada diferenciación, instalándose algunas de mejor calidad para gente acomodada. Terminaron por ser reemplazadas por los cafés, las fondas, los casinos, las quintas de recreo y los restaurantes.

Como paseo público continuaron usándose los Tajamares durante largo tiempo; pero desde que don Bernardo O'Higgins hiciera trazar una hermosa Alameda en la antigua Cañada, el "Paseo de la Alameda" se fue haciendo cada vez más popular. Entre sus hermosas hileras de árboles, primitivamente álamos, los santiaguinos encontraron gran esparcimiento, concurriendo diariamente a pasearse. Tal diversión se mantuvo hasta el siglo XX.

En los sectores campesinos la vida social estaba reducida a los velorios y a las celebraciones. Subsistió también la costumbre de los matrimonios rurales, con todo su ceremonial de "avisadores" y "parabienes", logrando conservarse en determinados y apartados lugares hasta nuestros días. Una costumbre campesina, nacida en el siglo XIX y que ha perdu-



La cueca de los niños.

rado hasta la actualidad, es la fiesta del *chanchito muerto*. Se celebra por lo general el día de la primera lluvia del año, matándose un chanchito para comerlo con las amistades, en medio de bulliciosa alegría y abundancia de bebidas alcohólicas.

Mención aparte, por la especial trayectoria que tuvo desde la Independencia Nacional, merece el baile de la *zamacueca*.

Aunque de origen netamente popular, fue bailada también en esta época por las clases acomodadas, que poco a poco fueron aceptándola en sus reuniones. Dejó su antiguo nombre de *zamacueca* para llamarse simplemente *cueca*. Nacieron también variantes regionales, como la "cueca chora" de Valparaíso, la "cueca minera" del norte y la "cueca chilota".

La cueca del Sr. Calvo





La cueca de la Sra. Barriga.

Pero en definitiva, la cueca fue abandonada por las clases altas, por la clase media y hasta por el roto; y quedó relegada a los sectores campesinos. Allí la hizo suya el huaso, elemento típico del campo chileno.

El huaso bailó la cueca, con entusiasmo, en su casa y en las faenas agrícolas, mezclándola con todo el sabor de la tierra y de la tradición chilenas. Le fue agregando elementos que le dieron un claro sentido campesino, haciéndole perder mucho de su sensualidad y de su libertinaje. Los movimientos del hombre, que antes imitaron al gallo haciendo la rueda, se transformaron en los del hombre que persigue con el lazo en alto a la potranca, tratando de enlazarla o de manearla. Por eso la bailó con espuelas y chamanto, haciendo ondear el pañuelo.

La cueca del huaso, que ha llegado hasta nosotros, se compone de tres partes o "pies". En el primer pie, luego que los

bailarines realizan un lento paseo, se inicia el baile con timidez y lentitud, acompañado del canto con guitarra y del "tamboreo y huifa" que alguien realiza golpeando la guitarra con los nudillos. El segundo pie tiene más animación, más entusiasmo, más osadía. Si el que tamborea en la guitarra afirma su pie en la pared (quincha de los primeros tiempos), se habla de "cueca de pata en quincha". En el tercer pie culmina el entusiasmo y el hombre zapatea el suelo con la punta y el taco de su zapato, por lo que se llama "cueca de punta y taco". Entre uno y otro pie se ofrece a los bailarines un vaso o "potrillo" de chicha o vino, al grito de "¡Aro, aro!"

7. LA MÚSICA. La música militar, que había perdido importancia durante la Colonia, tuvo un notable resurgimiento con la llegada del Ejército Libertador, convirtiéndose en destacada diversión popular. Traía el ejército dos bandas dotadas de variados instrumentos; y luego se crearon aquí otras semejantes, que solían dar retretas en la Plaza de Armas.

La música religiosa tuvo su principal exponente en la orquesta de la Catedral, que constaba de ocho instrumentos, incluyendo el órgano.

En cuanto a la música popular, bien poco difería en los primeros años de la que se acostumbró en la época colonial.

Todo este panorama habría de mantenerse hasta principios del siglo XX, para ser reemplazado por el internacionalismo moderno y por los medios mecanizados.

La música popular conservó todo su esplendor hasta fines del siglo XIX, con los mismos caracteres que le conocimos en la Colonia. Existieron los "cantores" y los "puetas", las payas y los romances. Pero con el comienzo del siglo XX tales distracciones fueron limitándose a los centros rurales apartados, logrando en algunos de ellos sobrevivir precariamente y en forma esporádica. La guitarra, sin embargo, ha mantenido una amplia vigencia; pero no así el guitarrón, que sólo suele reaparecer como curiosidad pretérita.



Así vio Charton un "18" en los días de Bulnes.
(Museo del Carmen, Maipú.)

8. FIESTAS MIXTAS RELIGIOSAS. El período republicano (siglos XIX y XX) logró conservar con el mismo sabor colonial las festividades de la Quema de Judas y de Cuasimodo, que ya hemos descrito, como igualmente los velorios; no así la fiesta de Carnestolendas, prohibida ya durante la Reconquista. Las danzas rituales de "chinos" no sólo se han conservado, sino que se han difundido en mayor forma a lo largo del país, realizándose no ya por indios, sino por elementos populares. Las "hermandades de baile" están repartidas de norte a sur en pequeños poblados; y en ciertas festividades religiosas, que varían según el lugar, realizan danzas rituales con disfraces, cucuruchos y máscaras. Sus componentes reciben diversos nombres, pero en general el de "chinos", y su jefe no se llama ya habitualmente cacique, como antes, sino caporal, mayordomo, dueño del baile, alcalde, alférez, abanderado, etc.

Una variedad de las danzas rituales, desarrollada en la época republicana y que se mantiene hasta hoy día en pequeñas localidades rurales, recibe el nombre de Celebración. En determinadas fiestas religiosas, especialmente en Corpus Christi, se realizan en casas particulares fiestas con danzas que llaman "de negros". Los danzantes, cubiertos a veces sólo con botones forrados con papel de color sobre su vestimenta, levantan sus piernas una tras otra, al compás de un ritmo monocorde que da una cantora con su guitarra, y simulan golpear a los concurrentes con pequeños látigos, diciendo: "¡Compadrito, comadrita!" La cantora entona una canción apropiada a la circunstancia: "Milagroso San Manuel / que ahora vengo llegando / por ver tu celebración / donde la estaban cantando..."

En la festividad de *Todos los Santos*, desde la inauguración del Cementerio General de Santiago en 1821, se hizo costumbre popular instalar año tras año pintorescas ramadas, con música, bailes y comida. El 1.º de noviembre era, así.



motivo de jolgorios y borracheras. Poco a poco la costumbre fue perdiéndose, logrando llegar hasta nosotros convertida únicamente en bulliciosa venta de menestras y flores.

La celebración de la *Pascua de Navidad* adquirió en estos años caracteres peculiares, diversos de los de la Colonia. Primero se realizaron jolgorios populares en la Plaza de Abastos; pero desde 1856 la fiesta se trasladó a la Alameda. En una larga extensión, que abarcaba desde el Carmen Alto (frente al cerro Santa Lucía) hasta la Estación Central, se instalaban innumerables ramadas adornadas con banderas nacionales y con tablados para bailar y cantar. En ellas se vendían alimentos populares y toda clase de bebidas, cazuelas, mistelas, brevas "curadas", duraznitos de la Virgen, etc. En los alrededores de las ramadas se colocaban otros negocios más modestos, especialmente para la venta de fritangas,

a las que el pueblo era muy aficionado. En ellos solía gritarse: "¡Pescado frito con ensalá / debajo de la mesa / está la bolá!"

La Alameda se convertía en un espectáculo extraordinario, lleno de colorido y de animación. Los faroles chinoscos, los gallardetes, las cintas de papel de color, abundaban por doquier; y no faltaban las ventas de greda popular o de figuritas de monjas, ni los "puetas" que entonaban canciones. En las calzadas laterales se alineaba gran cantidad de coches y victorias. Para el pueblo era aquélla una festividad inolvidable; pero, como la mayor parte de las diversiones tradicionales, terminó por desaparecer de las costumbres populares.

9. FESTIVIDADES PATRIÓTICAS. Los regocijos populares, que tan comunes fueron en las celebraciones cívicas durante la Colonia, se redujeron en la República casi exclusivamente al 18 de septiembre. Pero diríase que todo el regocijo disperso de antes se concentró ahora en esta ocasión. El pueblo celebró el Dieciocho des-

de los primeros años con gran entusiasmo. Generalmente durante cuatro días (17, 18, 19 y 20) se levantaban ramadas en todas las localidades del país para conmemorar en ellas, con bailes, comida y bebida, el aniversario de la Independencia Nacional. Se hicieron tradicionales también las carreras de ensacados, el palo ensebado y otros juegos. No faltaron, por supuesto, las carreras a la chilena, con los mejores caballos corredores. Fue en estas festividades en donde se popularizó la clásica empanada, de origen netamente español, pero que se convirtió en típicamente chilena.

Las festividades del Dieciocho se mantuvieron dentro de este molde durante muchos años en todo el país, pero terminaron por quedar relegadas a los lugares campesinos y a las provincias. En cambio, en Santiago sólo han continuado en forma artificial, sin colorido, y como un remedo del auténtico modelo.

Por razones que ignoramos, en algunas

aldeas o pueblos se hizo costumbre celebrar otras festividades patrióticas, que variaban según el lugar, en forma semejante al Dieciocho. Tales festejos, que en algunas partes se han mantenido hasta hoy, recibieron el nombre de Dieciocho chico.

10. FESTEJOS DE FAENAS LABORALES. Los jolgorios realizados con ocasión de las faenas agrícolas fueron perdiendo en los años republicanos casi todo su vigor y colorido, desapareciendo muchas veces enteramente. La más pintoresca de ellas, el festejo de la trilla a yeguas, se eliminó con la introducción de las máquinas trilladoras. En cambio, nació un nuevo festejo, que se ha extendido hasta los días presentes: la *fiesta de tijerales*, semejante al *rucancahuín* de los indígenas, y que se efectúa con ocasión de colocarse los primeros tijerales en un edificio en construcción.

IV

Diversiones populares de los años contemporáneos

¿Qué ha quedado en Chile de todo este acervo de diversiones populares, enraizado en su más legítima tradición? Si hacemos un recuento, podremos observar que ha sufrido un notable proceso de desintegración.

Desaparecieron por completo los hermosos y pintorescos bailes antiguos, zapateados, chicoteados o serios. Desaparecieron también las canchas de bolas, las chinganas, las riñas de gallos, las corridas de toros.

Han sido supeditadas por congéneres extranjeras algunas diversiones, como el naípe español y las carreras a la chilena. El primero, por el naípe inglés, amplia-

mente difundido; y las segundas, por la hípica, que atrae hoy mucho más que ellas.

Se conservan aún, con todo su colorido, el Dieciocho rural, la Quema de Judas, Cuasimodo, el cacho, el rodeo, la rayuela, la cueca; pero, en general, relegados a determinados sectores. Y también las danzas rituales de "chinos", con mayor extensión que antes; pero igualmente circunscritas a pequeños grupos.

En cambio, se han generalizado en el país toda clase de nuevas diversiones populares, venidas casi siempre del extranjero, que han apasionado a hombres y mujeres: el fútbol, el tenis, el golf, los

bailes y la música popular internacionales, la hípica, los juegos de naipes foráneos, las regatas, la caza, la pesca, los restaurantes y casinos, las carreras de automóviles, etc.

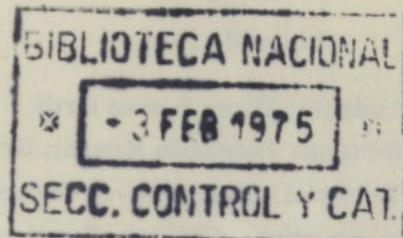
¿Ha sido esto para bien o para mal? En todo caso, sería patriótico conservar lo que todavía resta, aunque sólo fuera como un romántico recuerdo de hermosas tradiciones.

¡Allá van los militares....!



BIBLIOGRAFIA

- Archivo de la Real Audiencia.
Archivo del Cabildo de Santiago.
Archivo de la Municipalidad de Santiago.
- Acevedo Hernández, Antonio:
Retablo pintoresco de Chile, Santiago, 1953.
- Barros, Raquel y Dannemann, Manuel:
El guitarrón en el departamento de Puente Alto. Santiago, s/f.
- Black:
Improvisadores chilenos. Santiago, s/f.
- Encina, Francisco Antonio:
Historia de Chile. Santiago, 1940-1952.
- Hassler, Wily:
Nguillatunes del Neuquén. Buenos Aires, 1957.
- León Echaiz, René:
Interpretación histórica del huaso chileno. Buenos Aires, 1971.
- Lizana, Desiderio:
Cómo se canta la poesía popular. Santiago, 1912.
- Plath, Oreste:
Baraja de Chile. Santiago, 1946.
Folklore chileno. Santiago, 1962.
Folklore religioso chileno. Santiago, 1966.
- Pereira Salas, Eugenio:
Juegos y alegrías coloniales en Chile. Santiago, 1947.
- Robles Rodríguez, Eulogio:
Costumbres y creencias araucanas. Santiago, 1911.
- Zapiola, José:
Recuerdos de treinta años. Santiago, 1945.



INDICE

Introducción	5
I. Los años de la Conquista	7
II. La diversión chilena se gesta en la Colonia	19
III. Diversiones de los republicanos	62
IV. Diversiones populares de los años contemporáneos	91

Publicación mensual

N.º 9

Enero de 1975

Presidente: Diego Barros Ortiz

Gerente General: Fernando Krumm Urizar

Gerente Editorial: Mario Correa Saavedra

Asesor Artístico: Enrique Bunster

Diagramación: Depto. Libros

EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL LTDA.

Av. Santa María 076

SANTIAGO DE CHILE

VISITACIONES BIBLIOTECAS
E IMPRENTAS
- 9. ENE. 1975
DEPOSITO LEGAL

NUEVA SERIE N°

EDITORA
NACIONAL
GABRIELA MISTRAL



Suya... Nuestra... de Chile...